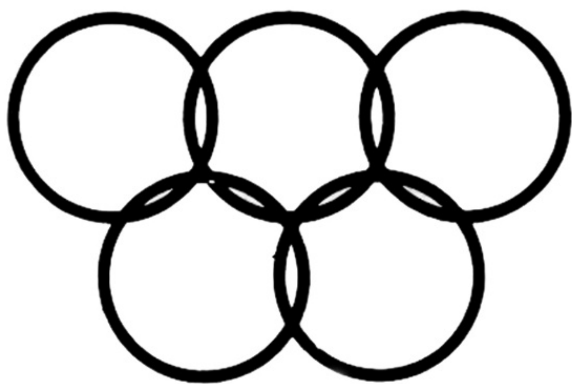


CARRERA HACIA LA MUERTE

Alan Parker



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALAN PARKER

CARRERA HACIA LA MUERTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 5
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.929-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La famosa marca de automóviles Arrow presumía de tener una de las mejores escuderías de Fórmula 1 del mundo. Y era cierto. Últimamente la Arrow estaba cosechando grandes triunfos en todas las competiciones en las que intervenía.

El último había sido en el circuito holandés de Zandvoort, donde Clive Power se había impuesto a los Lafitte, Nelson Piquet, Reutemann, etc.

Si Guss Scopelli, el presidente de la Arrow, estaba orgulloso de su escudería, no lo estaba menos de su corredor Clive Power.

—¡Es el mejor piloto del mundo! —solía exclamar a los cuatro vientos cada vez que había ocasión para ello.

Guss Scopelli sentía una especial predilección por Clive, le mimaba como se mima al niño más guapo y listo de la familia y es que Guss admiraba a los vencedores y despreciaba a los perdedores. La razón era muy sencilla; él mismo era un vencedor. Se había forjado en el barro de las calles y había llegado hasta lo más alto. Ahora era un hombre poderoso, temido y respetado por todos. Una simple orden suya podía hacer temblar los cimientos de la industria automovilística del mundo entero.

Después del último triunfo de Clive, Scopelli tuvo la idea de dar una gran fiesta en su fabulosa finca de Detroit con lo cual conseguía un doble objetivo: promocionar a la Arrow y a su piloto favorito.

Las fiestas de Scopelli eran una mezcla de imaginación desbordada y de veladas orgías. El presidente de la Arrow tenía una especial obsesión con sus fiestas. Quería que fuesen deslumbrantes, originales, llenas de coloridos, ostentosas; que hubiera mujeres hermosas, caballeros elegantes, ricos manjares, las mejores bebidas y que estuviera amenizada por el espectáculo de moda en la ciudad y, si no había ninguno que valiese la pena, se iba a buscar a donde fuera. Guss no reparaba en gastos cuando se trataba de dar una fiesta, de mejorar sus bólidos o de «conquistar» a una mujer hermosa. Y es que Guss, una elegante bola de sebo con zapatos de

charol, no era capaz de conquistar a ninguna mujer por sí mismo. Sin embargo, se valía de su mejor «encanto»: sus millones.

La última «conquista» de Guss Scopelli, se llamaba Iviana Tatiana. A pesar de lo soviético de su nombre se llamaba en realidad Ross Malone y era natural de Wisconsin.

Era una modelo de deslumbrante belleza. Tenía veintidós años. Guss cincuenta y ocho. El propietario de la Arrow solía decir de ella:

—¡Tiene más curvas que el circuito de Indianápolis!

Y después de decir el chiste, se echaba a reír como un imbécil.

La noche de la fiesta, Guss presumió con Clive ante sus invitados como se presume con el hijo que ha aprobado todas las asignaturas del curso. Agarrándole paternalmente por un brazo, lo llevó arriba y abajo del grandioso y concurrido parque presentándolo a sus amigos como si se tratara de un trofeo. Detrás de los dos hombres, ligeramente ebria, iba Iviana Tatiana con una copa de champán en la mano y una sonrisa de dentífrico en los labios. Todos felicitaban efusivamente al gran vencedor de Zandvoort y más de uno lo hacía con los ojos perdidos en el suculento escote de la muchacha.

A eso de la medianoche, llegó un lujoso automóvil del que descendieron tres elegantes caballeros. Uno de ellos era Fabio Lacoste, un rico fabricante de neumáticos. Guss soltó por fin a Clive y se dirigió hacia los recién llegados. Se saludaron efusivamente y desaparecieron en el interior de la majestuosa mansión con todas sus ventanas iluminadas.

Clive dejó escapar un bufido, encendió un cigarrillo y se dirigió a una larga mesa con bebidas. Pidió un *whisky* y, cuando estaba a punto de beber, Iviana Tatiana se plantó a su lado con su inseparable copa de champán en la mano.

—¡Hola, campeón! —farfulló.

—¿Qué tal, señorita Tatiana? —preguntó cortésmente Clive Power.

Y sin pronunciar una sola palabra más, se encaminaron juntos hacia la zona más abrupta del parque, donde los invitados quedaban lejos y no podían ver cómo se echaban el uno en brazos del otro y se besaban hasta saciarse.

—¡Creí que no iba a soltarte en toda la noche! —exclamó ella aún jadeante.

—¡Ese puerco me tiene harto! —mascullo Clive—. Me trata como si fuera su perro faldero.
La muchacha le acarició.
—Ten paciencia, mi vida… —le susurró—. Algún día le dejaremos plantado.
Clive atrajo a la muchacha hacia él.
—Necesito estar a solas contigo, Ross… lo necesito más que nada en este mundo…
—Yo también, Clive. ¡Si supieras lo que significa tener que soportar las caricias de Guss! ¡Solo de pensarlo se me remueven las tripas! Cuando estoy a solas con él solo pienso en ti, cariño…
—¿Cuándo nos veremos?
—Mañana. Guss tiene que asistir a una reunión de negocios. Nos encontraremos en el lugar de costumbre, a las cuatro.
—De acuerdo, nena. Y ahora volvamos a la fiesta. Cualquier sabueso de Guss podía descubrir nuestra ausencia y le iría con el cuento a su amo.
Mientras tanto, en el interior de la casa, Guss y sus tres amigos se encontraban reunidos y cómodamente sentados con sendas copas en sus manos en el lujoso «salón de los trofeos», llamado así por su dueño a causa de la gran cantidad de copas y todo tipo de trofeos que se podían ver allí y que habían sido ganados por su escudería. De las paredes colgaban gran cantidad de cuadros con fotografías en las que estaban reflejados los momentos más gloriosos de todas aquellas carreras en las que habían tomado parte los bólidos de Guss Scopelli. Destacaban las imágenes del último triunfo de Clive y este mismo con su imponente trofeo en alto y una sonrisa de circunstancias.
—¡Es el mejor corredor del mundo! —exclamó Guss haciendo uso una vez más de su frase favorita al tiempo que señalaba en dirección a la fotografía utilizando el enorme puro habano que sostenía entre sus rollizos dedos.
El cadavérico y enigmático Fabio Lacoste dejó escapar una sombría sonrisa.
—No estoy de acuerdo contigo, Guss —sentenció.
Guss machacó el puro entre los dientes, miró a los dos tipos que acompañaban a Fabio y finalmente a este.
—Bromeas, ¿no? Quieres tomarme el pelo, ¿eh?

—En absoluto. Clive Power es bueno, pero hay otro mejor que él y tú deberías saberlo...

Guss gruñó como un perro cuando le acaricia un desconocido.

—Su nombre —disparó.

—Jeff Harrison —respondió uno de aquellos tipos.

—Jamás he oído hablar de él —respondió rápidamente Guss echándose hacia atrás en el cómodo sillón—, así que no debe ser tan bueno. ¿A qué escudería pertenece?

—A la *Speed-Race* —aclaró Fabio alzando su copa y mirando a través de la misma como si se tratase de una bola de cristal.

—¿La *Speed-Race*? —Guss arrugó la nariz, dio un par de chupadas al puro y gruñó—. Nunca ha oído hablar de la *Speed-Race*.

Fabio siguió mirando a su amigo a través de su copa.

—Guss —le dijo—, eres un tipo realmente curioso, un magnate del mundo del automóvil pero que solo conoce su propia marca. Igual hubiera dado que te hubieses dedicado a fabricar salchichas de Frankfurt, amigo mío.

Guss enrojeció como una sandía.

—No me gustan esa clase de bromas, Fabio —dijo entre dientes —; yo solo conozco lo mío, lo que realmente me importa. Lo demás me tiene sin cuidado.

—Supongo que habrás oído hablar de la Ford, ¿verdad? —se rio Fabio. Su risa era asmática, tenebrosa.

Guss comprendió que se estaban burlando de él y dejó escapar una especie de velada maldición. Se puso en pie, arrojó el cigarro a la chimenea y se enfrentó a los tres hombres.

—No me gusta que nadie se ría de mí —ladró—. Y vosotros lo estáis haciendo, así que...

—Cálmate, hombre —le apaciguó Fabio sin dejar de jugar con la copa—. Era una broma y como buen napolitano deberías aceptar las bromas. La *Speed-Race* es una escudería inglesa y Jeff Harrison su mejor corredor. Si no has oído hablar de él, es porque tuvo un grave accidente hace un par de años y desde entonces no ha vuelto a meterse en un bólido. Pero ahora ha anunciado su vuelta, así que despídete de nuevos triunfos de Clive. Si Harrison y él coinciden en alguna carrera, tu muñeco de paja quedará en ridículo.

Guss arrugó la nariz.

—¿Tan bueno es ese Harrison?

—El mejor —respondió Fabio alzando sus ojos de búho hacia Scopelli—. No he visto a otro cómo él, ni siquiera Fangio era tan bueno. Harrison nació con un volante en las manos.

—Creo que estás exagerando —dijo Guss sirviéndose otra ración de jerez.

—No exagero lo más mínimo —respondió Fabio encendiendo un cigarrillo turco que uno de los tipos que iba con él se apresuró a encender—. Y si no me crees, espera a ver la película que tengo en mi casa de una carrera de ese monstruo de los circuitos.

Guss asintió con la cabeza.

—Sí, me gustaría verla. ¿Cuándo podré hacerlo?

—Cuando quieras.

—¿Mañana?

—De acuerdo. Te espero a cenar.

—Estaré allí a las ocho y media.

—Lleva a la rusa contigo —volvió a reír asmáticamente Fabio—. Solo con verla se me levanta la moral…

Guss rio divertido; tomaron algunas copas más mientras hablaban de negocios y más tarde, cuando los cuatro hombres se dirigían a la puerta, el cadavérico fabricante de neumáticos se volvió a Scopelli.

—¡Ah! —exclamó—. Se me olvidaba decirte algo importante.

—¿De qué se trata? —preguntó Guss sujetando la puerta para que pasara su amigo.

—De que Clive Power y Jeff Harrison, son íntimos amigos.

* * *

La idea de que pudiera existir en el mercado de bólidos un corredor mejor que Clive Power alteró la sangre de Guss Scopelli. Era como si de repente alguien le hubiera dicho que sus Arrows eran una porquería.

—Aunque lo más seguro es que ese maldito fabricante de neumáticos esté exagerando —murmuró.

—¿Decías algo, querido? —se oyó a su lado.

Guss Scopelli levantó la cabeza y dejó escapar una sonrisa de Papá Noel mientras despegaba sus generosas posaderas de la suntuosa cama de matrimonio que compartía con Iviana, la cual se

estaba desnudando a pocos pasos de él. Guss colocó sus rollizas manos en la cintura de la muchacha y echó un vistazo al suculento espectáculo que tenía frente a él.

Esta noche me he enterado de algo terrible —le confesó amargamente a la muchacha. Y le contó la conversación que había mantenido con Fabio.

—¿Y tú le crees? —preguntó ella—. Yo estoy segura de que no existe otro corredor mejor que Clive.

El rostro de Guss se iluminó como una pantalla de cine.

—Eres única, Iviana —le dijo atrayéndola como un pulpo—. Tus palabras me han reconfortado. Yo también creo que no hay nadie mejor que Clive. De todos modos, mañana lo veremos.

—¿Mañana?

—Fabio nos espera a cenar. Quiere mostrarme una película de ese Harrison. Pero dejemos eso ahora, nena…

Iviana se encontró de pronto entre los fofos brazos de Guss y el contacto de su piel le hizo sentir náuseas; pero sonrió porque para eso la pagaba y hasta se permitió el lujo de soltar alguna frasecita cariñosa y más tarde, en la cama, alguna exclamación de placer que estaba muy lejos de sentir y cuando el cerdo napolitano, saciado y exhausto, se hubo quedado dormido, Iviana cogió un cigarrillo de la cajetilla que había encima de la mesita, lo encendió y en la oscuridad de la habitación, en el silencio del amanecer, se puso a pensar en su cita de aquella tarde con Clive.

Y entonces, su estremecimiento fue sincero…

* * *

El diminuto Bill Topeka era el rey de los mecánicos.

Descendiente de sioux, había nacido con una herramienta en las manos y se había convertido con el paso de los años en un virtuoso capaz de transformar el motor de una motocicleta en el motor de un Fórmula 1.

Bill aseguraba a todo el mundo que el Arrow lo había parido él y no le faltaba razón porque el poderoso motor del bólido había salido de sus manos hasta en su más diminuta tuerca.

Era un tipo con mal carácter pero con un corazón de oro; un hombre para quien la amistad era lo más importante de este

mundo. Sentía gran aprecio por Clive porque le consideraba el único corredor de la escudería que no era un esclavo de Guss Scopelli y también porque era el único que no iba diciendo por ahí que el «piel roja» de Bill Topeka era un borracho y un jugador capaz de hacerle trampas al mismo diablo…

Bill se cuidaba personalmente del bólido de Clive, lo tenía siempre a punto para «su amigo». Y cuando Bill Topeka llamaba a alguien «su amigo» es que lo era de verdad.

Cuando Clive llegó aquella mañana al taller, encontró a Bill con el oído pegado al motor como un médico al corazón de su paciente.

—¿Ocurre algo, Bill?

El pequeño mecánico se volvió. De sus labios colgaba una apagada colilla.

—Hay algo que no funciona correctamente, Clive —respondió Bill—, pero ya encontraré el fallo. Quiero que lo tengas a punto para el día 19. Te va a hacer falta.

—¿Qué pasa, Bill? ¿Es que ya no confías en mí?

El mecánico cogió un periódico que había encima de una silla y se lo entregó a Clive.

—Lee la gran noticia. En la página 6.

«JEFF HARRISON VUELVE A LOS CIRCUITOS. DESPUÉS DE SU GRAVE ACCIDENTE DE HACE DOS AÑOS, EL GRAN CORREDOR DE LA *SPEED-RACE* CORRERÁ EN EL GRAN PREMIO DE AUSTRIA».

Clive siguió leyendo y al terminar, esbozó una sonrisa.

—Así que vuelve, ¿eh? Me alegro por él. Cualquier día de estos lo llamaré por teléfono. Quiero felicitarle.

—Va a ser un hueso duro de roer, Clive —dijo Bill Topeka haciendo saltar la tapa de una botella de cerveza en el canto de una caja metálica—. Tu amigo es un gran corredor.

—Sí que lo es —admitió Clive—. Yo mismo he aprendido mucho de él. Pero espero vencerlo.

—Dejaré tu bólido a punto para que pueda volar… —sonrió Bill —. Estoy seguro de que lo harás —respondió Clive empezando a despojarse de su ropa.

—¿Qué haces? —le preguntó el mecánico.

—Voy a dar algunas vueltas…

—No será con esto —dijo Bill señalando hacia el bólido.

—Claro, ¿con qué si no? ¿Con una bicicleta?

—Pero es que el maldito hijo de perra se queja de algo.

—Solo debe tratarse de un pequeño resfriado. Vamos, Bill. Llévalo afuera.

El mecánico obedeció y si no opuso más resistencia fue porque estaba seguro de que «su amigo» no corría peligro alguno. Así, poco después, Bill encendía su agonizante colilla mientras observaba por encima de la llama del fósforo a Clive deslizándose en el interior del bólido rojo y blanco.

—¡De todos modos no lo fuerces demasiado! —le advirtió aplastando la cerilla con la punta de su bota.

Clive asintió con la cabeza, y a los pocos segundos, ya se encontraba en el circuito de entrenamiento de la Arrow corriendo a una media de 194,700 kilómetros por hora, eso sin forzar excesivamente la máquina, tal como le había advertido Bill.

Mientras manejaba hábilmente el pequeño volante del bólido, con un rabioso viento azotándole el rostro, Clive pensó en su amigo Jeff. Su vuelta a los circuitos le alegraba porque era señal de que se había recuperado totalmente del grave accidente que había sufrido en Daytona dos años atrás, pero por otro lado le preocupaba porque su amigo era un peligroso contrincante que podía crearle serios problemas para conseguir su ansiado título de campeón del mundo de conductores de Fórmula-1.

Clive no temía ni a Laffite, ni a Piquet ni a Reutemann. Clive temía únicamente a Jeff.

Recordó en aquel instante el momento del accidente. Clive había tenido que retirarse por una avería. Jeff iba en segunda posición, detrás de Alan Jones. Faltaban tres vueltas para terminar la carrera.

De pronto, el bólido de Jeff pareció despegar del piso hizo un completo «trompo» y se estrelló contra las vallas protectoras incendiándose a continuación. Las asistencias pudieron sacar a Jeff a tiempo pero tan gravemente herido que nadie apostaba un dólar por su vida.

Clive se trasladó rápidamente al hospital dónde habían llevado a su amigo y permaneció allí toda la noche junto a la chica de Jeff, Gloria Spencer, una comentarista de televisión. Fue una noche

espantosamente larga. Al amanecer, los médicos habían intervenido al corredor, aseguraron que su vida ya no corría peligro pero que dudaban mucho que pudiera volver a coger un volante puesto que su columna vertebral había quedado destrozada...

Después de aquello sufrió otras tres intervenciones y finalmente los médicos acabaron por reconocer que «existía una duda razonable» respecto a la total recuperación de Jeff, lo cual demostraba que las cosas iban mucho mejor.

Tres meses más tarde de la última intervención, el propio Jeff desde un programa de televisión que se hizo en el hospital y a preguntas de su chica, Gloria Spencer, comunicó que estaba curado.

Jeff había vencido en su carrera con la Muerte.

Clive vio que Bill Topeka le estaba haciendo señales para que se detuviese y obedeció sin ninguna resistencia.

—No he notado nada anormal —le confesó Clive mientras salía del coche.

—De todos modos, ya está bien por hoy —protestó Bill—. Dentro de un par de días estará a punto para que puedas forzarlo al máximo aunque no respondo de los nuevos neumáticos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Clive mirando extrañado a su mecánico.

—¿Es que no te has enterado? Guss Scopelli va a cambiar de marca de neumáticos. Ahora se los suministrará ese baboso de Fabio Lacoste. Pero ya se sabe. Entre la mafia anda el juego.

—Bill, ¿aún sigues con esa maldita manía?

—¿Manía? ¡Oh, vamos! Despierta de una vez, Clive. Estoy tan seguro de que Guss pertenece a la Mafia como de que yo soy descendiente de sioux. Y ya no digamos Fabio Lacoste. Ese duerme con un crucifijo en una mano y una pistola en la otra.

—No puedo creerlo —murmuró Clive.

—Porque no conoces a Guss como le conozco yo. ¿Sabes cuántos años hace que trabajo para él? ¡Catorce! Y en catorce años he visto demasiadas cosas. Guss Scopelli no era más que una asquerosa bola de sebo con dos dedos de cerebro y un alma alquilada al diablo. Y ese diablo era su padrino, Nico Rissi.

—¿El propietario de la N.R.A.? —preguntó incrédulamente Clive.

—Exactamente. El dueño absoluto de la «NICO RISSI

AUTOMOVILE» de Milán, era el protector de Guss Scopelli. Él fue quien le metió en el mundo del automóvil y el que le prestó los primeros cien mil dólares para que «que se abriese camino». Y todo el mundo sabe que Nico Rissi pertenecía a la Mafia.

—No me gusta la idea de correr para un mafioso —dijo Clive.

—No pienses en ello, muchacho —le respondió Bill—. Haz como yo. Me he convencido a mí mismo de que estoy trabajando para la Walt Disney. ¡Ah! y otra cosa… Si no quieres verte metido en serios problemas, deja en paz a la chica de Guss.

—Pero ¿cómo diablos sabes que…?

Bill soltó una risita.

—¿Cómo sé que estás liado con ella? Lo que se le escape a Bill Topeka es que es invisible, Clive. Y ahora, en serio, olvídate de ella.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces y Guss se entera de que le estáis poniendo los cuernos, podéis pasarlo mal.

Clive se cambió de ropa, subió a su automóvil y enfiló hacia el centro de la ciudad pensando en las palabras de Bill Topeka el pequeño ratón indio que al parecer estaba enterado de todo. Lo que más le fastidiaba era saber que estaba bajo el manto protector de la Mafia. A lo mejor habría que ir pensando en abandonar a Guss Scopelli.

CAPÍTULO II

A unas doce millas del centro de la ciudad se encontraba el coquetón y tranquilo complejo urbanístico llamado «El Edén». Las pequeñas casitas solo tenían dos plantas, eran todas blancas con el tejado rojo y había un jardín en su parte frontal.

Aquellas casitas eran nidos de amor.

Nadie las alquilaba para irse a vivir con su familia, sino para encontrarse con la fulana de turno. Era un lugar privilegiado, solo para bolsillos abundantes, como los de Clive Power.

El corredor metió su automóvil en el garaje de la casa, subió corriendo los pocos escalones que le separaban de la entrada y, al ir a meter la llave en la cerradura, descubrió que alguien se le había adelantado. La puerta estaba abierta...

—¿Ross? —llamó.

—Estoy aquí, cariño —respondió ella desde el salón.

Cuando Clive entró allí, descubrió a la muchacha preparando unas bebidas.

—¡Menudo susto me has dado! —bufó Clive.

—¿Por qué? —sonrió ella dejando lo que estaba haciendo y colgándose del cuello de Clive.

—La puerta estaba abierta y, como no he visto tu coche en el garaje, he supuesto que alguien había descubierto el escondite y me habían preparado una sorpresa.

—En primer lugar, lamento haberme dejado la puerta abierta —respondió ella besando la punta de la nariz de Clive—. En segundo lugar, no he venido en coche sino en taxi y en tercer lugar, ¿quién diablos iba a descubrir este escondite?

—Guss, por ejemplo.

—¿Guss? No tiene ni idea de que somos amantes, Clive.

—Es posible, pero será mejor que tomemos toda clase de precauciones —dijo Clive soltándose de la chica y dirigiéndose hacia la mesa donde estaban las bebidas—. ¿Quieres un trago?

—¡Eh, Clive! ¿Qué te pasa?

Le contó lo que le había dicho Bill Topeka.

—¿Y crees a ese enano? —preguntó ella.

—Claro que sí. Hace catorce años que conoce a Guss. Además, un tipo con el cerebro de mosquito como el que tiene Scopelli, no llega tan lejos si alguien no le lleva en su alfombra mágica.

—Bueno —dijo la muchacha encogiéndose de hombros—. Supongamos que Guss pertenece a la Mafia. ¿Qué nos importa eso a nosotros?

—Esos tipos están siempre rodeados de guardaespaldas y de gente que vigila por ellos. ¿Quién nos asegura que alguno no toma la sabia decisión de seguirnos las veinticuatro horas del día? Hasta ahora hemos tenido suerte, pero esa suerte puede cambiar en cualquier momento, Ross.

—¿Tienes miedo, Clive?

—No es miedo, nena. Pero la idea de que podamos estar metidos en la gran cazuela mañosa no me agrada. Así que, a partir de ahora, tendremos que ir con mucho cuidado.

—¿Significa eso que no volveremos a vernos, Clive? —preguntó ella poniendo cara de gatita triste.

Clive dejó su copa y la abrazó.

—Claro que no, Ross. Solo digo que habrá que tomar más precauciones que las que hemos tomado hasta ahora, ¿comprendes? Si Guss pertenece a la Mafia, estamos sobre un barril de pólvora, ¿comprendes?

—Comprendo… —musitó ella ofreciéndole sus labios a Clive.

Él se los besó primero con cierta ternura y luego con desatada pasión y en un momento las manos de ambos despertaron y empezaron a moverse hábilmente hasta que, poco después, despojados de la ropa, se dejaron caer sobre la mullida alfombra y furiosamente abrazados, con palabras entrecortadas se entregaron al rítmico baile del amor…

* * *

El rugido del Talbot-Ligier de Jeff Harrison sonó en el silencioso circuito de pruebas de la *Speed-Race* como el estallido de una bomba. Poco después, salía disparado como una ráfaga de viento.

Los tres técnicos que asistían al entrenamiento del as del volante

observaron satisfechos cómo aquella flecha negra y dorada volaba sobre el piso del circuito a más de doscientos kilómetros por hora.

—¡No cabe ninguna duda de que está en plena forma! —exclamó uno de ellos.

En efecto, Jeff Harrison estaba en forma. Su grave accidente había quedado atrás, en el recuerdo. Ahora estaba dispuesto a recuperar todo el tiempo perdido. Y sabía que podía hacerlo.

Sujetando con firmeza el pequeño volante negro, con los ojos clavados en el grisáceo suelo que parecía desaparecer debajo de él, Jeff apretó a fondo el acelerador como si estuviera tratando de superar al invisible compañero que iba por delante.

Tomó la curva con asombrosa facilidad y enfiló la larga recta superando su velocidad de arrancada.

Aquello era toda su vida. El coche formaba parte de sí mismo. No era un bólido. Era su propia sangre. Amaba la velocidad, el riesgo, despreciaba a la muerte. Por eso era un campeón.

Dio un par de vueltas más al circuito y finalmente se detuvo en el *box*. Solo entonces relajó todos los músculos de su cuerpo y pareció volver en sí de algún extraño estado hipnótico que le hubiera permitido estar completamente concentrado en todas sus acciones, como un cirujano en la mesa de operaciones.

Salió del bólido dejando al descubierto su alta estatura y una elasticidad al andar impropia de alguien que ha sufrido un grave accidente como el que había sufrido él.

—¿Qué tal ha ido todo, Jeff? —le preguntó uno de los técnicos.

—Bastante bien, John —respondió Jeff.

El técnico miró sorprendido al piloto.

—¿Solo… bastante bien? ¿Tienes alguna queja?

—Los cambios de marcha van un poco duros. Revísalos.

—Jeff… —protestó el técnico—, lo hemos probado antes del entrenamiento. Van como la propia seda.

—No es suficiente —gruñó Jeff—. Escucha, John. Quiero que en mi bólido todo funcione a las mil maravillas, ¿de acuerdo? No quiero un solo fallo. Mi vuelta a los circuitos ha de ser espectacular. Un fracaso por fallo técnico me pondría de muy mal humor —Jeff guiñó un ojo—, así que no me vengas con cuentos y afina los cambios.

—Está bien, está bien. Haremos lo que podamos.

—¡Jeff! —llamó uno de los mecánicos—. Te llaman por teléfono. Es larga distancia.

El piloto corrió al teléfono.

—¿Sí?

—¿Jeff?

—El mismo. ¿Quién llama?

—Clive.

—¡Clive! —casi gritó Jeff—. ¿De dónde diablos llamas?

—De Detroit. ¿Cómo estás?

—En plena forma, Clive. Aunque tampoco tú estás mal del todo. Ya me he enterado de tu triunfo en Zandvoort ¡Eso está muy bien, muchacho! Oye, ¿cuándo nos veremos?

—El día diecinueve del próximo mes —rio Clive.

—¿Vas a correr en el gran premio de Austria?

—Naturalmente. ¡Y voy a ganarte!

Ahora fue Jeff quien se echó a reír.

—¡Eso lo veremos!

—Bueno, Jeff… me he alegrado comprobar que estás en plena forma. ¡Hasta el día diecinueve!

—Adiós, Clive. Y gracias por tu llamada.

Jeff colgó el teléfono y se quedó pensativo. ¡Clive! Un buen amigo. Quizás el mejor que había tenido nunca. Jamás podría olvidar como se ocupó de él en los momentos más difíciles de su vida, cuando solo era un desecho humano en aquel maldito hospital de Daytona. Tenía ganas de volver a verle y darle un fuerte abrazo. ¡Lástima que tuvieran que enfrentarse en Austria! Apreciaba mucho a Clive, pero haría lo posible por vencerle. De eso no cabía ninguna duda.

—¿Algún problema? —se oyó de pronto.

Jeff levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, nena. Perdona, no te había oído llegar. ¿Sabes quién acaba de llamarme?

—¿Quién?

—Clive.

Gloria Spencer, la comentarista de televisión y amante de Jeff, se acercó a él y le dio un beso. Era una muchacha muy bonita, delicada como una figura de porcelana, pero solo aparentemente, puesto que se trataba de una mujer de gran carácter y férrea

voluntad. Sin embargo, no había podido conseguir que Jeff abandonase las competiciones.

—¿Qué tal está? —preguntó la muchacha.

—Bien, muy bien. ¿Sabes? Va a participar en el gran premio de Austria… —Jeff se echó a reír—. ¡El muy granuja está seguro de que va a vencerme! ¿Tú qué opinas?

—Ya sabes lo que opino, Jeff… —respondió ella muy seria—. Me parece una locura que vuelvas a los circuitos.

—Eso está decidido, Gloria. Ya lo he anunciado y no pienso volverme atrás.

—Supongo que no… —dijo la muchacha con un gesto de impotencia.

—¿Ya has almorzado? —le preguntó él intentando desviar aquella conversación.

—Todavía no.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? Iremos al «Siroco»; es el mejor restaurante de Londres.

Abandonaron el enorme taller donde media docena de mecánicos trabajaban intensamente en los tres bólidos que se encontraban allí, incluido el de Jeff.

—¡A ver si me lo cuidáis como si fuese vuestro hijo! —bromeó el piloto.

—No te preocupes, Jeff —respondió uno de los mecánicos—. Vamos a dejarte los cambios de modo que funcionarán con solo mirarlos.

Jeff se echó a reír. Sin embargo, Gloria sintió un escalofrío cuando sus hermosos ojos se posaron en el bólido negro y dorado de su compañero.

Le recordó un ataúd…

* * *

La asmática risa de Fabio Lacoste volvió a dejarse sentir después de la proyección del reportaje sobre Jeff Harrison que había tenido efecto en su lujoso estudio-biblioteca. La causa de aquella risa era sin duda la cara de estúpido que tenía Guss Scopelli el cual, sentado en un cómodo sofá junto a su chica, era la imagen del desconcierto.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —le preguntó Fabio desviando la

mirada hacia las piernas de la muchacha.

—Admito que tenías razón, Fabio —murmuró Guss poniéndose de pie y empezando a caminar arriba y abajo, pensativamente. Ross aprovechó para encender un cigarrillo y Fabio para lanzarle otra mirada de deseo. ¡Aquella mujer le volvía loco!

—¡Clive tiene que ganar el Gran Premio de Austria! —exclamó de repente el angustiado Guss—. Hay muchos intereses en juego, Fabio.

Este se echó hacia atrás en el cómodo butacón e hizo un gesto de impotencia.

—A lo mejor tiene suerte y tu corredor gana la carrera, Guss —dijo el cadavérico rey de los neumáticos—, pero Jeff Harrison hará todo lo posible para impedirlo. Y ya has visto que es mejor que Clive.

Guss se volvió a la muchacha.

—Nena, sal a dar un paseo, ¿quieres? Enseguida me reúno contigo.

Ella se encogió de hombros, se puso de pie y, contoneándose, abandonó la habitación. Fabio no se perdió detalle de aquel espectáculo y, cuando la chica hubo cerrado la puerta tras de sí, dejó escapar un prolongado bufido.

—¡Esa mujer va a acabar con mi poca salud! —exclamó con voz ronca.

Pero Scopelli no estaba en aquel momento para hablar de mujeres. Tomó asiento junto a su amigo.

—Fabio, tú sabes lo que me juego en esa carrera, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Van a competir las mejores marcas y, si la Arrow vence, puedes imaginar lo que **ello** supondría para mí compañía y también para ti. **No** olvides que ahora viajamos en el mismo barco.

—¿Qué pretendes decirme? —preguntó Fabio clavando sus ojillos en el congestionado rostro de su socio.

—¿Habría algún modo de impedir que Harrison tomase parte en el Gran Premio de Austria?

—Sí.

—¿Cuál?

—Liquidándole... —soltó Fabio.

Guss se puso repentinamente serio.

—¿Estás hablando en serio? —acabó por preguntar después de unos instantes de silencio.

Fabio se echó a reír.

—¡Era una broma, hombre! —exclamó sin dejar de reír—. Lo he dicho para ver la cara que ponías. Guss, a veces eres un poco corto de cerebro. ¿Crees de verdad que hay algún medio de impedir que Harrison corra el día diecinueve? ¿Se te ocurre alguno? A lo mejor si se lo pides, te hará caso...

—¿Te estás burlando de mí, Fabio?

—¡Por supuesto! ¡No hay nada en este mundo que pueda impedir a Jeff Harrison volver a los circuitos, Guss! ¡Nada! Es lo que más desea después de su grave accidente y no te quepa ninguna duda de que hará todo lo posible por ganar esa carrera puesto que ello significaría para él volver a entrar por la puerta grande en el mundo de los grandes campeones de Fórmula-1. Y es ahí donde Jeff Harrison quiere volver a estar, ¡Y lo conseguirá!

Guss encendió uno de sus enormes puros, expelió el humo y miró a su socio.

—A lo mejor estoy haciendo un castillo de un grano de arena —dijo al cabo de un rato—. Supón que Clive le vence... porque puede hacerlo, ¿no?

—No.

—¿Tan seguro estás?

—¿Sabes quién fue el maestro de Clive Power?

—No tengo ni idea.

—Harrison.

Guss arrugó la nariz.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Guss, usa por una vez esa cabezota —gruñó Fabio moviéndose inquieto en su butaca—. Harrison conoce perfectamente todos los defectos y virtudes de Clive y este se sabe inferior a su maestro. Saldrá acomplejado. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, puede que tengas razón —admitió pensativamente Guss.

—Y además hay otra cosa.

—¿Qué Fabio?

—El bólido que usa Harrison es mejor que el de Clive.

—¿Pretendes decirme que los Arrow son inferiores a Talbot-Ligier? —preguntó Guss a punto del infarto.

—¿Cómo diablos sabes que Harrison corre en un Talbot-Ligier?

—Me he enterado. No soy tan estúpido cómo piensas, Fabio. Bien, ahora responde a la pregunta que te he hecho.

—Sí, Guss. Creo que los Talbot-Ligier son es estos momentos mejores que los Arrow. Están más perfeccionados.

—Entonces, según tú, no hace falta que corramos el Gran Premio de Austria, ¿eh? Lo tenemos todo perdido...

—Yo no he dicho tanto. Es más, si en lugar de tratarse de Harrison se tratase de otro corredor, la diferencia técnica entre ambas marcas no se notaría excesivamente, pero estando Jeff al volante... me temo que se notará demasiado.

—¡Maldita sea! —explotó Guss—. ¿Es que Jeff Harrison es invencible? Me estás hablando de él como si nadie en el mundo pudiese vencerle, Fabio.

—Si Harrison está en plena forma —respondió sombríamente Fabio—, en este momento no hay un solo corredor en el mundo que sea capaz de vencerle. Ni uno solo. Los Piquet, Reutemann y compañía son simples aprendices a su lado. Guss, le he visto correr en muchas ocasiones. Es una maravilla. Valiente, inteligente, hábil... es asombroso.

Guss trituró el puro entre los dientes, señal inequívoca de que su cerebro estaba trabajando a marchas forzadas.

—Está bien —dijo al cabo de un rato—. Ya encontraré alguna solución.

—Guss, cuidado con lo que haces —le advirtió Fabio—. Un fallo puede costarte muy caro.

—Lo sé —respondió Scopelli—, pero también sé que no puedo perder esa carrera, Fabio. Y si para ello me tengo que cargar a Harrison, me lo cargaré.

* * *

La brillante idea se le ocurrió a Guss Scopelli aquella misma noche, mientras dormía, después de una agotadora sesión de amor salvaje con su chica. Se despertó con un grito, como si hubiera tenido una visión mientras dormía. También, Ross, al oír aquel inesperado grito, se despertó asustada y miró desconcertada a su obeso compañero de cama.

—¿Qué sucede, Guss? —le preguntó casi sin aliento.

—¡He encontrado la solución al problema, nena! —casi gritó Guss despegando sus enormes posaderas de la cama.

—¿Qué problema? ¿A qué solución te refieres? —Ross estaba aún medio dormida y no comprendía nada.

—Eso no importa ahora —respondió él mientras se ponía una bata de seda con caracteres chinos—. Sigue durmiendo. Yo tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿A estas horas? ¡Son las cuatro de la mañana!

—Se dice de la madrugada, preciosa. Es la mejor hora para encontrar a Clive en casa.

Al oír aquel nombre, Ross se puso alerta. Así que, cuando Guss abandonó precipitadamente la habitación, agarró el teléfono que había encima de la mesita, lo descolgó y se dispuso a escuchar la conversación que iban a sostener los dos hombres.

—¿Clive? —era la voz de Guss, autoritaria, pastosa.

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Guss Scopelli.

—¡Ah, señor Scopelli! ¿Ocurre algo?

—Tengo que hablar contigo. Es muy urgente.

—Debe serlo para llamarme a estas horas, señor Scopelli. ¿A qué hora quiere que nos veamos?

—Dentro de media hora.

—¿Quééé…?

—Lo que has oído, Clive. Te espero en mi casa.

Guss colgó y encendió uno de sus enormes cigarros. Luego, se sirvió una copa de brandy y se arrellenó en su sillón favorito, junto a la apagada chimenea. Se sentía feliz por la brillante idea que había tenido.

Una media hora después, oyó llegar un coche. Corrió a abrir la puerta y se encontró frente a un adormilado Clive.

—Pasa y cierra —le dijo Guss mientras regresaba al salón. Esperó al corredor en el centro de la habitación, con el puro entre los dientes y la copa de brandy en la mano. Clive, frente a su jefe, esperó a que este abriese la boca. Guss se quitó el puro de la misma y esbozó una estúpida sonrisa.

—Tienes cara de sueño, Clive —le dijo.

—¿Y qué esperaba? —preguntó el corredor a quién no le hizo

ninguna gracia el chiste.

—Pues me temo que vas a tener que seguir durmiendo en el avión, muchacho... —Guss no perdió su estúpida sonrisa.

—¿De qué avión está hablando?

—Del que va a llevarte a Londres.

—¿A Londres? —Clive estaba realmente extrañado.

—Sí, Clive. Tienes que ir a Londres y lo vas a hacer en el primer vuelo.

—Pero ¿para qué?

—Eres un buen amigo de Jeff Harrison, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Entonces, escucha bien lo que quiero que hagas, Clive.

CAPÍTULO III

Jeff Harrison estaba satisfecho.

Los cambios de su bólido funcionaban a las mil maravillas. En realidad todo funcionaba correctamente. Era un magnífico vehículo, potente y ligero. Sus mecánicos habían hecho un excelente trabajo y ahora podía permitirse el lujo de alcanzar los 215 kilómetros por hora.

Pero Harrison exigía más.

Aquella era una excelente velocidad, pero Jacques Laffite ya la había conseguido.

Y Harrison quería ser más rápido que el francés. En realidad quería ser el corredor más rápido del mundo y no tener ninguna dificultad en llevarse el primer premio de la rifa que iba a tener lugar en el circuito de Zeltweg, Austria.

Por todo ello, forzó al máximo su máquina durante el entrenamiento de aquella lluviosa mañana del mes de julio. Pero no solo era un suicidio correr a aquella velocidad durante un entrenamiento, sino hacerlo sobre un piso mojado.

Los técnicos de la *Speed-Race* que habían asistido al entrenamiento estaban asustados y no precisamente por aquella escalofriante velocidad, sino por el hecho de que Jeff se hubiera empeñado en llevar a cabo un entrenamiento en un día como aquel. Sin embargo el corredor les había dado una razón bastante convincente; y era que cabía la posibilidad que también lloviese el día de la carrera y quería estar preparado para esa eventualidad.

Mientras Jeff manejaba hábilmente el pequeño volante del Talbot-Ligier, iba pensando en la cara que pondría su buen amigo Clive cuando este viese que le pasaba con su bólido. ¡Maldita sea! No le gustaba hacer aquello a su mejor amigo, pero aquella carrera iba a ser su gran oportunidad y no entraba en sus cálculos desaprovecharla.

El bólido rugió cuando pasó a toda velocidad por los *boxes* y Jeff sonrió al ver la cara de asombro de los técnicos.

¿Qué esperaban aquellos estúpidos? ¿Qué después del accidente que había tenido solo serviría para conducir un taxi?

De repente, el bólido derrapó.

Fueron tan solo unas décimas de segundo las que separaron a Jeff de otro grave accidente, pero en esta ocasión tuvo más suerte. Pudo controlar perfectamente el bólido gracias a su indudable veteranía y lo que pudo haber sido una catástrofe fue solo un pequeño susto. Sin embargo, se había salido del circuito y patinó hasta la valla protectora.

Los técnicos acudieron corriendo, alarmados, pero se encontraron con un Jeff sonriente.

—¡Le había advertido que era una locura correr con este piso, Jeff! —casi gritó uno de ellos.

—Tengan calma, amigos —dijo el corredor saliendo del bólido —. No ha ocurrido nada, ¿verdad? Entonces, olvídenlo.

—¿Estás bien, Jeff? —le preguntó su mecánico.

—Perfectamente... Revisa el coche. No creo que le haya sucedido nada, pero siempre es mejor asegurarse.

Observaron a Jeff mientras se alejaba con el casco en la mano.

—No está de muy buen humor —dijo uno de los técnicos.

—Jeff siempre se pone de mal humor cuando tiene algún fallo por pequeño que este sea —comentó el mecánico—. Es un perfeccionista.

Harrison se sentó en uno de los bancos del vestuario, dejó el casco junto a él y ocultó el rostro entre sus manos.

De pronto, había sentido miedo.

Por un momento, había pensado que iba a matarse. Quizás el recuerdo de su accidente estaba demasiado cercano en su memoria como para olvidarse del mismo y ahora, una vez había pasado todo, después de aquellas décimas de segundo que le separaban a uno de la muerte, todo parece más espantoso porque se recuerda bajo un prisma más frío.

Intentó serenarse, convencerse a sí mismo de que aquel pequeño accidente que acababa de tener no tenía en realidad ninguna importancia y podía ocurrirle a cualquier corredor.

Se despojó de la ropa y tomó una ducha. Aquello pareció vivificarle un poco. Se puso la ropa de calle y encendió un cigarrillo. Sí, se sentía mejor. Mucho mejor. Solo había sido un

susto.

Una hora después, al llegar al hotel donde se hospedaba, el conserje le dijo:

—Hay alguien esperándole en el bar, señor Harrison.

Jeff pensó por un momento que pudiera tratarse de Gloria, aunque era poco probable. Su amiga no tenía ninguna necesidad de esperarle en el bar.

Cuando vio a Clive, se llevó una de las mayores alegrías de su vida.

—¡Pero, muchacho, vaya sorpresa! —exclamó Jeff estrechando la mano de su amigo.

—¿Qué tal, Jeff? Tienes un aspecto magnífico.

Se sentaron uno frente al otro. Harrison estaba visiblemente emocionado. Nunca olvidaría lo que su amigo había hecho por él.

—¿Qué has venido a hacer a Londres, Clive? —rio Jeff—. ¿Acaso has venido a pedirme que te deje ganar?

—Ya sabes que no tengo ninguna necesidad de hacer eso —replicó Clive siguiendo la broma de su amigo—, ¡porque voy a ganarte!

—¡Ja, Ja! Eso lo veremos, Clive. Sigo siendo mejor que tú.

—Nunca lo he puesto en duda, Jeff.

—Así me gusta, que lo reconozcas —siguió diciendo alegremente Harrison—. Bien, y ahora en serio, ¿qué diablos estás haciendo en el país de la lluvia eterna?

—Antes de nada, pidamos un par de copas —respondió Clive.

El camarero les trajo dos *whiskys*. Hicieron un pequeño brindis y, después de beber un trago, Jeff se dispuso a escuchar a su amigo.

—Estoy aquí con una misión especial, Jeff —dijo Clive.

—Humm... esto me huele a novela de espionaje —bromeó Harrison—. ¿De qué clase de misión se trata?

—Creo que será mejor que comience por el principio. Bueno, tú sabes que estoy enrolado en la Arrow, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Y también debes saber que la Arrow es propiedad de Guss Scopelli.

—Lo sé.

—Lo que quizás no sepas es que Guss Scopelli es un tipo ambicioso al que no le gusta perder. Maneja muchos millones y

gran cantidad de los mismos van a parar a su escudería de la que yo soy su héroe favorito, algo así como Flash Gordon…

Jeff se rio.

—No has perdido tu sentido del humor, Clive —dijo.

—A veces pienso que es lo único bueno que me queda además de mi pellejo. Bien, a lo que iba. Scopelli tiene un gran interés en ganar el gran premio de Austria. Hay muchos intereses de por medio, ya me comprendes. Además, ahora se ha asociado con un fabricante de neumáticos, el de la Radial T.B.

—Es una buena marca, pero particularmente prefiero Goodyear. Son más resistentes. Si vas a correr con esos neumáticos, ten cuidado, Clive. No tienen la adherencia de los otros.

—Bueno, tendré que conformarme con lo que me echen… —Clive hizo una pequeña pausa—. Lo que Scopelli pretende es que corras en nuestra escudería, Jeff.

—¿Qué? —preguntó Harrison con asombro.

—La idea de Scopelli en este caso no es la de divide y vencerás, sino todo lo contrario… Nos quiere a ti y a mí juntos. Piensa que de ese modo ni el Gran Premio de Austria ni ningún otro se le va a escapar de las manos.

Harrison guardó silencio y finalmente dijo:

—Y te ha enviado a Londres para que intentes convencerme de que firme por la Arrow, ¿no es así?

—Exactamente.

—Pero tu jefe olvida que ya tengo un contrato firmado con la *Speed-Race*.

—No, no lo ha olvidado. Es un poco idiota pero no tanto. Guss Scopelli está dispuesto a comprar ese contrato.

—¿Pretende que la *Speed-Race* le venda mi contrato?

—Eso es…

—No lo hará.

—Ya se lo he dicho, pero es más terco que una mula. Es de los que creen que el dinero lo compra todo. Y es posible que sea así, salvo cuando se trata de una multinacional como la *Speed-Race*.

—Clive, si tú sabías todo eso, ¿por qué diablos has hecho el viaje?

—Ya te lo he dicho. Guss Scopelli es un tipo de ideas fijas y yo no podía negarme. Le debo ciertos favores, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Bien ¿qué dices?

Jeff echó otro trago y luego miró detenidamente a su amigo.

—Clive, haría cualquier cosa por ti, te lo aseguro. Cualquier cosa. No olvido, lo que hiciste por mí cuando tuve aquel maldito accidente, pero lo que me estás pidiendo es imposible. Ya no se trata de lo que yo decida o no, simplemente es que tengo un contrato firmado con la *Speed-Race* y no puedo rescindirlo.

—Pero si Guss Scopelli consiguiera hacerlo...

—Ni aun así, Clive. Tengo un deber moral que cumplir con la *Speed-Race*. Me han dado la oportunidad de volver a los circuitos y eso no puedo olvidarlo.

—Te entiendo, Jeff —asintió Clive—. Y te comprendo perfectamente. Bueno, en realidad yo ya sabía que este viaje no iba a servir para nada...

—Lo siento, muchacho —dijo Harrison—. Me hubiese gustado ayudarte.

—No tiene importancia —respondió Clive—. Al fin y al cabo, tu respuesta no me ha cogido de sorpresa...

—Clive...

—¿Qué?

—Ya sabes que el mundo del automovilismo, y sobre todo el de la Fórmula-1, es una especie de reunión de cotorras. Se dicen muchas cosas, se comentan otras... todo son especulaciones, la mayor parte de las veces sin fundamento. Pero he oído decir que ese Guss Scopelli es un bicho de cuidado. Incluso se comenta que tiene a la Mafia detrás, cubriéndole las espaldas.

—Puede que en esta ocasión las cotorras estén en lo cierto, Jeff —respondió Clive mirando a su amigo.

—¿Tú lo sabías al firmar por la Arrow?

—No. Me he enterado después. ¿No me crees?

—Naturalmente que sí. Voy a darte un buen consejo, Clive...

—Sí, ya sé el consejo que vas a darme. Que abandone a Scopelli. ¿No es eso?

—En cuanto puedas.

—Pues aún me quedan tres años de contrato. Así que estoy atrapado. De todos modos, a mí lo único que me importa es ganar carreras, Jeff. Lo demás me tiene sin cuidado.

—Sí, puede que tengas razón. Bien, espero que me des la oportunidad de invitarte a cenar.

—¡Claro, Jeff! Aún tenemos muchas cosas de que hablar.

—¿Te importa que Gloria venga con nosotros?

—Naturalmente que no. Será un placer volver a verla.

Los dos hombres abandonaron alegremente el bar del hotel sin saber que el destino aún no había dicho su última palabra…

* * *

La noticia cogió a Guss embutido en un ridículo traje de baño hawaiano capaz para tres personas y junto a la enorme piscina de su lujosa mansión. Ross, adornada con un diminuto bikini rojo, estaba tumbada en una hamaca.

—Así que se ha negado, ¿eh? —gruñó Guss.

—Era lo lógico. Se lo advertí.

—Está bien, está bien… —Guss hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Ya arreglaré esto de otro modo.

—¿De qué modo? —quiso saber Clive.

—Eso a ti no te importa.

Y sin añadir una sola palabra más, se alejó hacia la casa. Clive le siguió con la mirada y, cuando le vio desaparecer en el interior de la misma, se acercó a Ross.

—¿Pero qué le pasa de repente? —le preguntó a la muchacha—. ¿Por qué ese interés en fichar a Jeff?

Ella no quiso decirle que Guss no estaba muy seguro respecto al vencedor del Gran Premio de Austria después de haber visto en acción a Jeff Harrison.

—Ya sabes cómo es —se limitó a decir—. Cuando se le mete algo en la cabeza, es como un robot.

—Me da la impresión de que teme que yo no pueda vencer a mí amigo…

—¡Claro que le vencerás, Clive!

—Yo también lo espero.

—Clive, ¿cuándo volveremos a vernos?

—Pasado mañana.

—¿Y por qué no mañana?

—Tengo que entrenar y quiero estar concentrado en mi trabajo.

Nos veremos pasado mañana, a la hora de costumbre. Pero ve con mucho cuidado, Ross.

—Lo tendré, cariño.

—Ahora, es mejor que me marche...

—Adiós, Clive. Hasta pasado mañana.

Mientras tanto, Guss Scopelli mantenía una conversación telefónica con su socio Fabio Lacoste. Guss estaba irritado porque no estaba acostumbrado a recibir negativas de nadie y mucho menos cuando estaban en juego varios millones de dólares.

—Ten calma, Guss —le decía Fabio—. Ya encontraremos alguna solución.

—La única que me queda es la que te dije, Fabio... —masculló Scopelli.

—No te precipites. Hablaremos de ello con calma.

—¡Calma, calma; —explotó Guss—. ¿Es que no sabes todo lo que hay en juego, maldita sea?

—Claro que lo sé, pero tampoco lo vamos a arreglar mejor si nos precipitamos en nuestras decisiones.

—Bueno, ¿entonces qué hacemos?

—Vendré a verte mañana, Guss. **Y** llevaré conmigo alguna solución.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Guss colgó de mala gana. Aquel asmático de Fabio no se daba cuenta de la realidad, pero lo cierto era que, si Jeff Harrison ganaban en el Gran Premio de Austria, la Arrow perdería alrededor de veinticinco millones. Y antes de perder aquella cantidad, estaba dispuesto a cometer cualquier locura.

Se acercó a una de las enormes ventanas que daban al jardín y vio a su chica en la piscina. ¡Era como si la mismísima Venus hubiera aprendido a nadar! ¡Jamás había tenido entre sus brazos a una criatura tan hermosa y apasionada como aquella...!

Pero de pronto se dio cuenta de que aquel maldito asunto de Jeff Harrison le había quitado hasta las ganas de llevársela a la cama...

* * *

Bill Topeka le hizo una indicación con el dedo pulgar hacia arriba a Clive y este salió disparado con su bólido. Inmediatamente

después, el mecánico puso en marcha su cronómetro.

Mientras su Arrow color rojo y blanco se tragaba materialmente el circuito, Clive iba pensando en el desmesurado interés que de pronto se había despertado en Guss acerca de su amigo Jeff. Era un estúpido por no haberse dado cuenta antes. Guss no confiaba en él, temía que Jeff le ganase en Austria y por ese motivo quería tenerle en su escudería lo antes posible.

—¡Maldita sea! —gruñó Clive—. ¡Sé que puedo vencerle! ¡No va a ser fácil porque Jeff es un gran corredor, pero puedo vencerle!

Y de un modo instintivo, apretó a fondo el acelerador hasta que su bólido rugió como un animal herido. El vehículo estaba respondiendo a las mil maravillas. ¡Bill había hecho un gran trabajo!

Sí, cada vez estaba más seguro de poder vencer a Jeff. Conocía alguno de sus trucos. Por ejemplo, Jeff era un maestro en adelantar a sus rivales en las vueltas. Y él sabía cómo cerrarle el camino. Si conseguía hacerlo, le ganaría. Y le demostraría a aquel gusano de Scopelli que él era el mejor corredor del mundo…

Y luego, le dejaría.

Sí, estaba dispuesto a hacerlo. Aunque tuviera un contrato aún en vigor, le dejaría plantado. No quería correr para nadie que apestase a Mafia…

Se ofrecería a Bernie Ecclestone, el presidente de la FOCA y propietario de Motor Racing Development, «Brabham», o a cualquier otro…

Súbitamente se dio cuenta de que Bill Topeka no estaba solo. Había alguien con él: Ross.

¡Maldita sea! ¿Por qué se le habría ocurrido presentarse allí? ¡Le había advertido que corría el peligro de estar vigilados!

Vio que su mecánico le estaba haciendo señales para que se detuviese. Aquello significaba que ocurría algo grave. Dejando escapar un sonoro gruñido, Clive frenó su bólido y lentamente se aproximó a los *boxes*.

De un manotazo se quitó el casco.

—¿Qué diablos sucede?

—La señorita me ha dicho que tenía que hablar urgentemente contigo, Clive —respondió Bill a modo de disculpa—. Parece muy excitada.

Clive miró a Ross. Estaba pálida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Necesito hablar a solas con usted, señor Power —le apremió ella.

—Déjate de formulismos —respondió Clive saliendo del bólido —. Bill conoce lo nuestro.

Se acercó la muchacha.

—¿De qué se trata, Ross?

Ella miró en dirección al mecánico.

—Puedes hablar con toda tranquilidad —le dijo Clive—. Tengo plena confianza en Bill.

—¡Guss ha hablado de matar a tu amigo Harrison!

Después de aquellas palabras, se hizo un silencio impresionante. Bill Topeka lanzó un escupitajo.

—¡Ese puerco! —gruñó por lo bajo.

Clive pareció reaccionar al fin.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó a la muchacha, con un ligero temblor de voz.

—Esta mañana, cuando bajaba de mi habitación para ir a tomar el desayuno, he oído voces en el salón. Se me ha ocurrido escuchar la conversación que mantenían Fabio Lacoste y Guss. Estaban hablando de la imperiosa necesidad de ganar el gran Premio de Austria. Hay al parecer muchos millones en juego y…

—Todo eso ya lo sé, nena —le cortó Clive—. Dime exactamente que han estado hablando acerca de Jeff.

—Guss estaba furioso porque tu amigo había rechazado su oferta de enrolarse en la Arrow. Le decía a Fabio que estaba dispuesto a todo con tal de que Harrison participase en la carrera… incluso a matarle.

—¿Estás segura de que es eso lo que has oído, Ross? —le preguntó Clive con incredulidad—. ¿Qué Guss está dispuesto a matar a Jeff?

—¡Claro que estoy segura!

—¡No puedo creerlo! —murmuró Clive.

—¡Yo sí! —exclamó rabiosamente Bill soltando otro escupitajo —. ¡Ese perro de Guss es capaz de todo con tal de salvar su pellejo! No olvides una cosa, Clive. La Mafia está detrás de todo esto y la Mafia no perdona a los perdedores. Si Guss se la juega y acierta,

seguirá viviendo muchos años, pero si fracasa, solo tendrá un bonito entierro. Y si la Arrow no gana en Zeltweg, habrá fracasado, cosa que Guss quiere evitar a toda costa…

—¿Han hablado del modo cómo piensan hacerlo, Ross? —preguntó el corredor preguntando a la muchacha—. Quiero decir sí…

—Sé lo que quieres decir, Clive —respondió ella dulcemente—. No, no han hablado de eso. Cariño, yo creo que solo se trata de una fanfarronada de ese miserable…

—Humm… —intervino Topeka—, yo no estaría tan seguro, señorita. ¡Esa gentuza es capaz de todo! Y si no que se lo pregunten a la viuda de Jack Morris, el corredor que se estrelló en su bólido en el circuito de Indianápolis. Fue hace cuatro años. Se habló de un fallo en los frenos, y lo hubo, evidentemente, pero provocado. Un mes antes del accidente, Morris había acusado a la Mafia de querer comprarle…

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Clive con impotencia.

—Solo una cosa —respondió Bill Topeka—: pon a tu amigo sobre aviso, adviértelo de lo que puede ocurrirle para que tome las medidas necesarias. Pero, eso sí, que no le de ninguna clase de publicidad al asunto, que no se le ocurra ir a la policía. Tiene que actuar secretamente.

—¿Por qué tantas precauciones, Bill? —casi gritó Clive—. ¡Se trata de su vida!

—Precisamente por eso —respondió el mecánico—. Si descubre el juego, estará perdido. Guss lo negará todo y luego se vengará. Pero no solo de él; es posible que descubriese quien le había ido con el cuento a Jeff y entonces correría peligro tu vida y la de la señorita…

—Bill tiene razón, Clive —dijo Ross sintiendo un escalofrío. No había pensado en aquella posibilidad y ahora tenía miedo.

—Sí, es posible que sea cierto —murmuró Clive—. Todos tenemos que actuar con mucha precaución. Bien, llamaré a Jeff desde mi hotel y se lo contaré todo.

—No hagas eso —le advirtió Bill—. Puedes tener el teléfono intervenido.

—¡Bill!

—Habló en serio. Clive, me parece que no te das cuenta de la

situación. Te guste o no, estás trabajando para un mafioso. Lo mismo que yo. La Arrow es mafia. Y puedes esperar cualquier cosa de esa carroña. Sería un tremendo error llamarle desde tu hotel. Hazlo desde un lugar público…

—¡Bill, todo esto me parece exagerado! —exclamó Clive—. ¡Absurdo!

—No importa lo que creas, Clive —le dijo el mecánico—, pero si en algo aprecias la vida de tu amigo, no le abandones. Puede estar en un serio peligro.

Clive y la muchacha se alejaron pensativamente hacia el vestuario.

—Será mejor que te vayas, Ross —dijo él de pronto.

—Clive, tengo miedo…

—Todo saldrá bien, ya lo verás —respondió el corredor intentando animarla—; pero a partir de ahora tendremos que ir con más cuidado que nunca y, después de la carrera, nos largaremos lejos de aquí ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Clive.

El corredor desapareció por la puerta del vestuario y ella subió a su deportivo.

Lo que ignoraban era que alguien les había estado espiando a través de unos prismáticos desde un coche aparcado en un bosque cercano.

CAPÍTULO IV

Había pasado el número 17, el Lotus de Freddy Williams. No era un enemigo peligroso. Era simplemente un buen corredor.

Sus dos máximos rivales eran el número 22 y el número 31 y ambos iban ahora en cabeza, machacándose entre ellos. El número 22, un McLaren, lo conducía el canadiense Villeneuve. Desde el principio de la carrera se había puesto en cabeza. El 31, un Brabham conducido por el americano Lloyd, había empezado mal pero poco a poco había ido escalando posiciones.

Él temía más a Lloyd que a Villeneuve. No es que el americano fuese mejor que el canadiense. Era simplemente que Lloyd le conocía todos los trucos puesto que se habían enfrentado en más de una ocasión. Pero ninguno de los dos era enemigo de cuidado.

Les podía vencer...

Ahora lo único que tenía que hacer para lograrlo era esperar un poco, no precipitarse...

Faltaban aún tres vueltas, el tiempo suficiente para recuperar terreno y darles caza...

De repente, vio con alegría que el Brabham de Lloyd quedaba rezagado. Algo le sucedía y, en efecto, a los pocos segundos, el bólido salía de la pista por avería.

¡Así que ahora el triunfo estaba entre él y el canadiense! los demás habían quedado demasiado rezagados para inquietarles...

El McLaren de Villeneuve, de color blanco y franjas azules, era como una pequeña mancha rodando a más de doscientos kilómetros por hora en aquella interminable recta. Había llegado el momento de atacar, de lanzarse a la caza de su enemigo.

Jeff sabía que después de aquella recta había una pronunciada curva. Era allí donde pensaba pasarle, pero para ello esperaría a la siguiente vuelta, cuando ya solo faltasen dos para terminar la carrera y el canadiense ya no pudiera hacer nada por recuperar el terreno perdido.

Apretó a fondo el acelerador, el motor rugió como un anima!

herido; vio a Villeneuve tomando la curva… No lo había hecho mal, era un magnífico corredor, pero él podía hacerlo mejor… Ahora tenía que acercársele todo lo posible en espera de…

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué le ocurría a su motor? Algo estaba fallando… algo no marchaba bien…

Villeneuve se le escapaba. ¡Oh, no! ¡Maldita sea! ¡No podía permitirlo! Tenía que darle alcance…

De pronto tuvo la sensación de que algo explotaba dentro del bólido y que su cuerpo se desgarraba. Era como si alguien hubiese arrojado una bomba allí dentro… El bólido dio una vuelta, otra, él intentó dominarlo, pero fue inútil… empezó a dar vueltas y vueltas… Por un momento tuvo la impresión de que quedaba atrapado entre el cielo y el asfalto…

—¡NOOOOO!

Oscuridad, dolor… un dolor terrible pero, aun en medio de ese dolor tan espantoso que le nublaba la mente, pudo distinguir las llamas y comprendió que si no escapaba pronto de allí, moriría abrasado y al intentar moverse se dio cuenta de que su cuerpo estaba paralizado.

Las llamas le rodeaban; hizo un esfuerzo sobre humano para escapar de aquel infierno… pero estaba como muerto… ¡Oh, no! ¡No quería morir! ¡No!

—NOOOOO!

El grito de Jeff despertó a Gloria y pudo verle empapado en sudor y agitándose en la cama.

—¡NOOO! ¡NOOO!

—¡Jeff!

El corredor abrió los ojos, desconcertado y luego los fijó en la muchacha. La vio sonreír y aquello le calmó.

—Has tenido una pesadilla, cariño —le susurró ella.

—Sí…

—¿Qué has soñado?

Jeff se incorporó y durante unos instantes permaneció en silencio como si estuviera recordando los detalles de la pesadilla que acababa de tener.

—No tiene importancia, Gloria —dijo Jeff bajando de la cama y cogiendo un cigarrillo de la cajetilla que había encima de una pequeña mesita. No quería alarmar a su amiga, ni darle motivos

para ningún tipo de recriminación.

—Si no tiene importancia, ¿por qué no me lo cuentas?

—¡Oh, vamos! ¡Déjalo ya, nena! Ha sido una simple pesadilla. Todo el mundo tiene una pesadilla de vez en cuando, ¿no es así?

—Jeff, de unos días a esta parte te encuentro un poco raro. Más nervioso y excitado que de costumbre.

—Eso son figuraciones tuyas.

—No, no lo son. Te conozco demasiado. Sé que algo no marcha dentro de ti.

—Todo marcha perfectamente.

Ella saltó de la cama. Su desnudez atrajo la atención de Jeff. Tenía un bonito cuerpo, un cuerpo en el que él se había refugiado muchas veces...

—Jeff... —la muchacha llegó junto al corredor y le acarició el rostro—. Yo sé lo que te ocurre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tienes miedo.

—¿Miedo? ¡Qué absurdo! ¿Miedo de qué?

—De la carrera. A medida que se va acercando la fecha del Gran Premio de Austria, tu miedo va en aumento. Los nervios te están destrozando.

—¡No digas tonterías! ¡Jamás le he tenido miedo a una carrera!

—Antes del accidente, no...

Él la miró. Era absurdo engañarla. Le conocía demasiado bien.

La abrazó y la besó en el cuello.

—He tenido una espantosa pesadilla, Gloria... y en esa pesadilla he revivido el momento de mi accidente... Quería ocultártelo, pero es inútil. Tienes razón, hace unos días que estoy más nervioso que de costumbre, pero se pasará pronto, ya lo verás... Nena, volvamos a la cama. Te necesito...

—Jeff... —la muchacha respondió apasionadamente a las caricias de su amigo—. No corras en esa carrera... ni en ninguna otra... ¡Abandona el automovilismo!

—No, no puedo hacerlo... Lo llevo en la sangre. ¡No quiero abandonar...! Volveré a triunfar, Gloria. Volveré a ser el mismo de antes, ya lo verás. Pero es natural que ahora esté un poco excitado y que incluso sienta algo de miedo, pero lo olvidaré todo en cuanto tenga el volante en mis manos.

—Jeff, no quiero seguir sufriendo —ella le abrazó con fuerza, como una niña asustada—. ¡Te quiero demasiado!

Jeff la cogió en brazos y la depositó sobre la cama.

—Yo también te quiero y te deseo, Gloria… Te deseo más que nunca le susurró mientras acariciaba las insinuantes curvas de su cuerpo.

La muchacha comprendió que él la necesitaba, que Jeff estaba buscando desesperadamente un camino por dónde poder escapar del miedo que le atenazaba a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo y aquel camino era ella misma y cuando se disponía a complacerle, sonó el teléfono.

* * *

—¿Jeff?

—Sí, ¿quién llama?

—Clive.

—¡Clive! ¿Qué ocurre para que me llames a estas horas?

—Escucha bien lo que voy a decirte, Jeff —y Clive le contó lo que sucedía. Su amigo permaneció después un rato en silencio.

—¿Estás seguro de lo que me has contado, Clive?

—Naturalmente, de otro modo no te hubiera llamado. Jeff, a lo mejor no, sucede nada. Puede que se trate de una balandronada de Guss Scopelli, pero te aconsejo que vayas con cuidado y sobre todo no le cuentes nada a la policía.

—No temas, no lo haré. Sin embargo, todo esto me parece terriblemente absurdo. ¡No puedo creer que Scopelli haya pensado en matarme solo por el hecho de pensar que pueda ganar la carrera!

—Una carrera que para él significa mucho, Jeff. Y que antes de que le hablaran de ti, antes de que anunciaras tu vuelta, daba por descontado que yo ganaría. Ahora está demasiado comprometido y hay muchos intereses de por medio para permitirse el lujo de perderla…

—Está bien, Clive. Tendré en cuenta todo lo que me has dicho…

—Cuídate, Jeff. Y no te descuides ni un momento. Recuerda que solo faltan doce días para la carrera.

Clive colgó y salió de la cabina pública. La noche era bastante calurosa por lo que decidió ir dando un paseo hasta el hotel donde

se hospedaba. De pronto, tuvo la impresión de que alguien le estaba siguiendo. Se volvió, y en efecto, dos hombres se encontraban a muy pocos pasos de él. Reconoció a uno de ellos. Trabajaba para Guss Scopelli.

—¿Por qué me están siguiendo? —preguntó Clive procurando no dejar traslucir su nerviosismo.

—El señor Scopelli quiere verle, señor Power —dijo uno de aquellos tipos.

—¿Y ha de ser ahora mismo? ¿A las dos de la madrugada?

—Ahora mismo.

Clive se encogió de hombros.

—De acuerdo —respondió.

Mientras se dirigían a la lujosa mansión de Guss en un reluciente Arrow-Star —una descarada copia de uno de los últimos modelos de la Chrysler aunque con una línea algo más moderna—. Clive iba pensando con inquietud en la razón de aquella intempestiva entrevista. Algo le decía que las cosas no marchaban bien. De otro modo, ¿qué pintaban aquel par de energúmenos?

Veinte minutos después, Clive cruzaba el suntuoso vestíbulo de la casa. Había luz en el salón principal y el inconfundible olor a cigarro habano flotaba en el ambiente. Detrás de aquel cigarro, se encontraba siempre Guss Scopelli.

Cuando Clive entró en el salón, halló a Guss con las manos en los bolsillos de su elegante batín, las piernas ligeramente separadas y una extraña mirada en sus ojos, mezcla de recelo y desconfianza.

Indudablemente algo no funcionaba bien.

Porque Guss no estaba solo.

Ross, sentada en el espectacular sofá colocado cerca de uno de los ventanales, era la imagen de alguien que quiere advertirnos de algún peligro pero que teme hablar por temor a las represalias.

Guss trasladó hábilmente con sus dientes el cigarro de un costado a otro de la boca, al estilo de Al Capone en sus mejores tiempos.

—Buenas noches, Clive —saludó con una extraña amabilidad.

—Hola, Guss. Bien, y ahora dime a qué viene esa urgencia, pero sobre todo explícame por qué me han estado siguiendo dos de tus hombres.

Precisamente irrumpió en aquel momento en el salón uno de

aquellos tipos y le dijo algo al oído a Guss. Este acabó por asentir con la cabeza y el tipo desapareció silenciosamente.

—¿Es que no hay teléfono en tu hotel, Clive? —preguntó de repente.

El corredor comprendió la intención de aquella pregunta y se apresuró a responder con la misma rapidez.

—¿Hay algo de malo que llame a una chica desde una cabina pública?

—Estabas llamando a una chica, ¿eh?

—Naturalmente y si quieres puedo darte su nombre —respondió Clive de mala gana—. Y ahora vayamos al grano, Guss. ¿A qué viene todo esto?

—¿Qué ha ido a hacer esta mañana Ross en el circuito de entrenamiento? —preguntó Guss mirando fijamente al corredor.

Vaya, ¿así que les habían estado espiando? De todos modos ¿de qué se sorprendía? Tenía que ocurrir tarde o temprano. Lo que más preocupaba a Clive era su propia respuesta porque era indudable que tenía que coincidir con la que hubiera podido dar la muchacha.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —esquivó Clive.

Guss se quitó el puro de la boca y gruñó:

—Ya lo he hecho, ¿me tomas por imbécil?

—Entonces ¿por qué diablos me lo preguntas a mí? —preguntó Clive, que no quería arriesgarse a dar un paso en falso, pero un leve movimiento de la cabeza de la muchacha, le hizo comprender que Guss ignoraba la verdad.

—¡Quiero que me respondas tú, Clive! —exclamó Scopelli esgrimiendo el puro.

—Ha venido a ver el entrenamiento, supongo... —respondió Clive y un nuevo e imperceptible movimiento de la cabeza de Ross, le dio a entender que había acertado con la respuesta.

—¿Solo lo supones?

—¡Diablos, eso es lo que me ha dicho ella! Guss, todo esto me parece absurdo. Me da la impresión de que me ha detenido la policía. ¿Qué es lo que pasa?

—Simplemente, me gusta tomar ciertas precauciones... —respondió Guss con un gesto de fastidio. No cabía duda de que esperaba algo más de aquel interrogatorio.

—Y tus precauciones consisten en espiarnos a todos...

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Porque me da la gana! No tengo que darte explicaciones, Clive.

—¡Pues yo creo todo lo contrario porque no me gusta que nadie me espíe! ¿Qué pensaba? ¿Qué Ross y yo éramos amantes? ¡Pues te has equivocado, Guss! Déjame decirte algo de una vez por todas; si yo tuviera necesidad de una amante, no la buscarla en tu propia casa. ¿O es que me tomas por idiota?

Aquella respuesta tan firme, hizo el efecto deseado. Guss se quitó el cigarro de la boca y sonrió.

—Te creo, Clive... —acabó por decir.

—¿Y por qué le crees a él y a mí no? —preguntó Ross teatralmente.

Guss se acercó hasta ella y le dio un cariñoso cachete en la mejilla.

—Tenía que asegurarme, nena —respondió cariñosamente—. Ahora ya está todo claro... Papá Guss te pide perdón...

Se volvió a Clive.

—Puedes marcharte, muchacho. Por cierto ¿qué tal responde el bólido?

—Perfectamente.

—No olvides que tenemos que ganar esa carrera, Clive —sonrió sombríamente Guss—, así que será mejor que todo siga funcionando perfectamente hasta el final de la misma...

—Buenas noches...

Cuando Clive salió al jardín, dejó escapar un bufido de tranquilidad. Afortunadamente todo había ido bien. Estaba seguro de que Guss no sospechaba nada. De todos modos, ahora más que nunca, Ross y él tenían que dejar de verse. Y era una lástima porque necesitaba desesperadamente a la muchacha. Pero después de la carrera se irían los dos.

Los focos de un coche le deslumbraron. El automóvil se detuvo a su altura. El tipo que había reconocido al abandonar la cabina telefónica, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Servicio de taxi, señor Power. El señor Scopelli me ha ordenado que le acompañe hasta el hotel.

—Prefiero ir caminando.

—Por favor… —aquel tipo abrió la portezuela trasera.

Guss no abandonaba así como así.

Mientras tanto, en la suntuosa habitación de matrimonio, Scopelli sentado en la cama, como un espectador de primera fila, contemplaba admirativamente a Ross mientras esta se desnudaba. Sus ojos seguían con avidez todos los movimientos de la muchacha y, cuando se disponía a despojarse de las braguitas, él hizo un ademán:

—¡Espera! Eso quiero hacerlo yo…

Ross se le acercó maldiciéndole. Empezaba a estar harta de aquel cerdo y de sus asquerosas caricias.

Guss cogió con sus gordezuelos dedos los extremos de la braguita y, como quién baja un telón, tiró hacia abajo de la diminuta pieza.

De repente, levantó la cabeza hacia la muchacha y soltó una risita.

—Veo que por fin te has aficionado al mundo del automovilismo, nena.

—¿A qué viene eso?

—Bueno, si mal no recuerdo, hace tan solo unas semanas me aseguraste que aborrecías ese mundo y ahora, de pronto, acudes hasta a los entrenamientos. ¿Qué te ha hecho cambiar de ese modo?

—No… no lo sé, Guss. Quizás se deba a tu influencia. Me paso el día oyendo hablar de bólidos, circuitos, premios…

—Claro y eso ha hecho que de repente, sientas una gran afición por el automovilismo, ¿no es cierto, nena?

Ross iba a responder pero no tuvo tiempo porque, de repente, se encontró sobre la cama y con las manos de Guss retorciéndole el pescuezo.

* * *

Uno de los mecánicos de Jeff Harrison torció un gesto de contrariedad. Gloria, que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Qué sucede, Mike?

—A mí nada, señorita. Pero Jeff…

—¿Qué pasa con él? —Gloria miró rápidamente en dirección al circuito dónde el Talbot-Ligier era como una flecha sobre el asfalto.

—Conduce con inseguridad.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Es mi obligación. ¿Le ocurre algo?

—No, que yo sepa... —se apresuró a responder la muchacha.

—¡Fíjese ahora! —exclamó de repente el mecánico—. Cuando tome esa curva. Normalmente, es algo que Jeff hace con gran habilidad... ¿Lo ve? Está inseguro... Le voy a pedir que se detenga.

Jeff tenía motivos para sentirse inseguro. Desde hacía algunos días y a medida que se acercaba la fecha del Gran Premio de Austria, el glorioso día de su vuelta a los circuitos, la responsabilidad y el recuerdo y su accidente le tenían atenazado como un gigantesco pulpo. Pero es que ahora aún había más. La llamada de Clive le había desconcertado de tal modo que era algo que no lograba quitarse de la cabeza. ¿Era posible que alguien quisiera matarle con tal de que no participara en aquella carrera? Era algo tan absurdo, tan propio de una película, que casi no podía creerlo.

Pero era indudable que Clive, su mejor amigo, no iba a engañarle para meterle el miedo en el cuerpo... ¿O era aquello lo que precisamente se proponía hacer? No, Clive no era capaz de aquello... Su amigo jugaba siempre limpio...

Vio el cartelón del mecánico ordenándole que se detuviera. Jeff adivinó rápidamente el motivo de aquella orden. No había estado corriendo bien; su estado anímico se había reflejado en su modo de conducir, lo había hecho torpemente, como un principiante. Iba a enmendar su error.

Se esforzó por apartar de su mente todo aquello que no fuera lo que estaba haciendo, es decir conducir un bólido a más de doscientos kilómetros por hora porque era absolutamente necesario ponerlo a punto para el gran día.

Se aferró con firmeza al volante, fijó la mirada al frente, con su mente en blanco, y apretó el acelerador a fondo. El bólido parecía volar. ¡Qué maravillosa sensación de poder!

Jeff ya se imaginó en el circuito de Zeltweg, pasando a uno, al otro, escalando posiciones como un gran campeón que era. Y en aquella película que se estaba proyectando en su mente, se vio llegando en primera posición a la meta bajo el siempre agradable saludo de la bandera a cuadros...

Y luego felicitaciones, champán…

¡Volvía a ser el campeón!

Tomó aquella curva con su habitual habilidad y sonrió al imaginar la cara de satisfacción de su mecánico.

Y, en efecto, su mecánico también dejó escapar una sonrisa.

—Eso está mucho mejor —comentó dirigiéndose a Gloria—. ¿Sabe una cosa, señorita? Estoy seguro de que Jeff ganará esa carrera. ¡Sí, porque es el mejor de todos!

Pero Gloria, en lugar de alegrarse, sintió un escalofrío.

CAPÍTULO V

Viena, tres días antes de la carrera.

Las calles de la bella ciudad tenían un movimiento poco usual. La causa era el Gran Premio automovilístico de Fórmula-1 que se iba a celebrar en el circuito de Zeltweg.

Poco a poco, como si se tratara de una lenta invasión, habían ido llegando gentes de todas partes de Europa, principalmente de Suiza, Italia y Alemania Federal.

El tiempo era espléndido y las terrazas de los bares estaban abarrotadas de clientes. Muchas de aquellas personas habían anticipado el viaje para disfrutar de unos días de vacaciones antes de la gran fecha.

Clive había decidido hacer lo mismo. Sabía que no había obrado correctamente, que su obligación era acompañar al grupo de técnicos de la Arrow para discutir algunos aspectos de la carrera. Siempre había algo de que discutir antes de una competición tan importante como el Gran Premio de Austria, que iba a contar con más de cien mil espectadores.

Una vez en Viena, había enviado un telegrama a Guss anunciándole dónde se encontraba. Sabía también que aquello no le iba a gustar en absoluto al maldito mafioso. ¡Pero que se fueran todos al diablo! Necesitaba unas vacaciones y se las había tomado.

La mayoría de aficionados que se hospedaban en el mismo hotel que Clive, le reconocieron y le pidieron autógrafos y también tuvo que soportar la presencia de algunos periodistas y la televisión. Pero todo aquello formaba parte del juego, era el precio de la fama...

Aquella noche, cuando regresó al hotel después de haber cenado en un restaurante típico se encontró con una nota en conserjería. La nota era de Guss y le pedía que fuera a verle al hotel donde estaba hospedado.

—¿Así que ese cerdo ya ha llegado? —murmuró Clive para sí—. Bueno, no me quedará otro remedio que ir a verle.

Pero lo que más le animaba a acudir a aquella cita era la idea de

volver a ver a Ross. No había vuelto a saber nada de ella desde aquella noche en casa de Guss.

Cuando Clive se disponía a abandonar el hotel, se tropezó con un viejo amigo y rival, Thomas Baxter, un corredor australiano alto y desgarbado que le gustaba vestir de un modo chillón y que jamás se separaba de aquel sombrero que solían usar los exploradores de su país. Baxter decía que le traía suerte.

Se saludaron amigablemente. Baxter le dijo que estaba en forma y que su Williams los barrería a todos.

—Mi mecánico ha introducido algunos cambios en el motor que van a causar un gran impacto, Clive. Oye, ¿es cierto que Jeff Harrison vuelve a los circuitos?

—Claro, Thomas. ¿Es que no te has enterado? Va a participar en la carrera.

—Me lo habían dicho pero me resistía a creerlo —musitó Baxter —. ¡Pero si en aquel accidente de Daytona quedó hecho puré!

Clive se despidió de su amigo y salió del hotel, llamó un taxi y quince minutos después llegaba donde se hospedaba Guss.

Cuando entró en el lujoso vestíbulo, se encontró con la desagradable sorpresa de verse rodeado por una docena de periodistas y, mientras respondía pacientemente a sus preguntas, vio allá al fondo en el grandioso y elegante salón tapizado de rojo, a Guss riendo satisfecho. Junto a él se encontraban Fabio Lacoste y un par de tipos más. Los cuatro tenían sendas copas de champán en las manos y miraban en dirección a Clive. Este comprendió entonces que todo había sido preparado por Guss.

Tardó más de media hora en deshacerse de ellos y cuando al final lo consiguió entró en el salón. Guss, sin perder su enigmática sonrisa, le ofreció una copa que Clive rechazó y, del modo más disimulado que pudo, buscó a Ross con la mirada. No la encontró y aquello le extrañó porque era la primera vez que Guss no presumía con ella en público.

—Debiste haberme advertido que te marchabas, Clive —le dijo Guss.

—Ya te envié un telegrama.

—Sí, claro. Cuando ya te encontrabas aquí. Bueno, no vamos a discutir por eso, ¿verdad? Al fin y al cabo, eres libre de hacer lo que quieras, siempre que cumplas con tu trabajo…

—¿Han llegado Bill Topeka y los demás?

—Ya deben de encontrarse en Zeltweg —respondió Guss.

—Y usted debería irse allí mañana, señor Power —dijo el asmático Fabio.

—Por lo visto, aquí todo el mundo da órdenes —respondió ásperamente Clive.

—No se trata de una orden, Clive —dijo Guss—. Es simplemente una… sugerencia.

—Bien, si no tienen nada más que decirme, será mejor que me marche —Clive se dispuso a marcharse, pero Guss le sujetó por un brazo.

—No corras tanto, muchacho. Dentro de una hora habrá una pequeña recepción en uno de los salones del hotel. Se trata de una atención que la firma Arrow ofrece a los medios de información de la ciudad. Ya sabes lo necesarias que son las relaciones públicas en el mundo del automovilismo. Por lo tanto no puedes irte. Te necesito a mí lado porque eres la estrella principal del programa. ¡El gran Clive Power! ¡El mejor corredor del mundo!

Si Clive esperaba encontrar a Ross en aquella recepción, se equivocó. La muchacha no apareció por ninguna parte y aquello le alarmó.

Más tarde, le preguntó al conserje del hotel y este le respondió que el señor Scopelli había llegado con sus amigos pero que no les acompañaba ninguna mujer.

Salió a la calle apesadumbrado. Ahora estaba seguro de que a Ross le había ocurrido algo. No era normal que Guss hubiera hecho aquel viaje sin la compañía de la muchacha.

Iba tan abstraído con aquella idea, que ni siquiera se dio cuenta de que le estaban siguiendo…

* * *

La *Speed-Race* había preparado las cosas bien.

La poderosa multinacional sabía que contaba con un gran corredor, un hombre famoso en el mundo del motor y concretamente de la Fórmula-1, y ese hombre era Jeff Harrison. Así que no reparó en medios para sacarle partido a su vuelta a los circuitos y había preparado un gran recibimiento en el aeropuerto

de Viena.

No querían quedarse atrás con respecto a la Arrow y estaban dispuestos a explotar a su «héroe» hasta el máximo, a ese «héroe» que, tras ímprobos esfuerzos y una larga lucha por la supervivencia después de su trágico accidente, volvía a los circuitos dispuesto a triunfar…

La enternecedora historia «del hombre que había vencido a la muerte» caló muy hondo en todos los aficionados y fueron miles los que se dieron cita en el aeropuerto para recibir a Jeff Harrison, alias «Ave Fénix»…

Y a Jeff le gustó aquella dramática historia que se había montado a su alrededor y aunque en el fondo sabía que la *Speed-Race* le estaba manejando, no le importó en absoluto porque aquello significaba que volvían a contar con él.

Una vez hubo bajado del avión en olor de multitud y acompañado de algunas pancartas y gritos de ánimo de los aficionados, se dirigió hacia la Aduana perseguido por los periodistas y las cámaras de televisión. Gloria iba a su lado maldiciendo toda aquella farsa y pensando que aquella podía ser la última carrera de Jeff.

Tardaron más de una hora en abandonar el aeropuerto. Había sido un recibimiento exageradamente anormal, fuera de toda lógica. A ningún corredor se le había recibido de aquel modo en toda la historia del automovilismo, ni siquiera el mítico Juan Manuel Fangio. La *Speed-Race* había sabido hacer bien las cosas explotando la fibra humana de los aficionados.

Ahora Jeff Harrison era algo más que un corredor de Fórmula-1. La poderosa multinacional lo había convertido en un Ave Fénix.

Se hospedaron en la más lujosa *suite* del más lujoso Hotel de Viena. Todo iba a cargo de la *Speed-Race*, naturalmente.

Cuando la pareja se quedó a solas, Jeff Harrison dejó escapar un bufido de satisfacción y miró a Gloria con una sonrisa. La muchacha estaba deshaciendo una pequeña maleta.

—Bien, nena, ¿qué te parece como hacen las cosas en la *Speed*?

—¿Quieres mi sincera opinión?

—Sé lo que vas a responderme —dijo Jeff encendiendo un cigarrillo.

Gloria empezó a quitarse la ropa.

—Voy a tomar un baño —dijo escuetamente.

—Escucha, nena... tienes que comprenderlo. Ya sé que me están manejando, que han fabricado este recibimiento porque les conviene. Pero a mí también me beneficia ¿no? Mi nombre vuelve a sonar y eso es importante, ¿no es cierto?

Mi nombre vuelve a sonar y eso es importante, ¿no es cierto?

Gloria no respondió a la pregunta. Se limitó a quitarse el sujetador y a arrojarlo sobre la cama. Ahora únicamente llevaba puesto las braguitas de color blanco.

—Gloria, te he hecho una pregunta.

Ella se volvió y sus pequeños pero redondos y firmes senos, se agitaron violentamente cuando explotó:

—¡Toda esta farsa me da asco, Jeff! ¡Y tú parece que no te das cuenta de la realidad! ¿O es que acaso has olvidado que tu vida está amenazada?

—¡No, no lo he olvidado! —gritó Jeff—. ¡Pero si lo hubiese hecho, aquí estás tú para recordármelo a cada momento!

Gloria cerró los ojos y movió desesperadamente la cabeza.

—Perdona, cariño... no era mi intención estropear tu gran día —se acercó a Jeff pero este le dio la espalda.

—No me estás ayudando mucho, Gloria —dijo—. Parece como si estuvieras aguardando el mejor momento para recordarme que puedo estrellarme con mi bólido o que alguien puede dispararme un tiro por la espalda.

—Jeff... ¿me crees capaz de una cosa así? —gimió ella.

El corredor se volvió y la abrazó.

—No, nena. Sé que lo haces porque me quieres. ¡Pero estoy seguro de que toda va a salir bien! Es un presentimiento. Volveré a triunfar, a ser el gran Jeff Harrison de antes del accidente. Y en cuanto a lo que me dijo Clive, empiezo a pensar que no es cierto... pudo tratarse de un error...

Ella levantó la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos. Jeff la besó en la boca.

—Triunfaremos, Gloria... Te juro que triunfaremos...

El timbre del teléfono les sobresaltó.

—No lo cojas —dijo ella de pronto.

Jeff la miró extrañado.

—¿Por qué no?

—No... no lo sé, Jeff. Tengo un mal presentimiento. ¡Por favor, no lo cojas!

Jeff se apartó de ella y se dirigió hacia el aparato.

—¡Qué tontería! —exclamó mientras lo descolgaba.

Gloria le vio palidecer y entonces comprendió que su presentimiento era cierto.

* * *

Clive le vio a través de la luna de un escaparate. Hacía rato que tenía la impresión que le estaban siguiendo y, aunque por un momento llegó a pensar que pudiera tratarse de algún periodista, acabó por desechar aquella idea cuando recordó lo aficionado que era aquel puerco de Guss a seguir a la gente que de algún modo colaboraba con él. Pero ¿por qué le había mandado seguir Guss en aquella ocasión? ¿Qué esperaba que hiciese en Viena?

Dispuesto a averiguarlo, se metió en una estrecha bocacalle, típica y silenciosa. Al final de la misma había una pequeña iglesia y una plaza con una fuente.

Con el rabillo del ojo vio que aquel tipo se mantenía a cierta distancia. Ahora ya no cabía ninguna duda de que le estaba siguiendo. Clive vio una cervecería y se metió en ella. Aquel hombre se quedó afuera. El corredor salió entonces inesperadamente y cayó como un halcón sobre su presa. El tipo forcejeó para escapar, pero Clive le había arrinconado contra la pared y le sujetaba a ella clavándole el antebrazo en el cuello.

—¿Por qué me sigues? ¡Contesta!

Clive le golpeó con la otra mano en la boca del estómago. Aquel tipo abrió la boca como un pez fuera del agua y dejó caer la cabeza hacia delante. Clive le oyó respirar agitadamente.

—Vamos, habla. Quiero saber quién te ha ordenado que me sigas. ¡Habla de una vez o volveré a zurrarte!

De pronto, aquel hombre, aprovechando que Clive estaba seguro de tenerlo a su merced y se había confiado ligeramente, le propinó un violento rodillazo en el vientre. El corredor soltó un alarido y retrocedió con ambas manos sobre el lugar dónde había recibido el golpe.

Entonces, aquel tipo, viéndose libre de Clive, echó a correr en

dirección a la plaza. El corredor, de espaldas contra la pared, le siguió con la mirada, incapaz de ir detrás de él. Esperó unos segundos hasta reponerse totalmente y abandonó el callejón.

No cabía ninguna duda de que aquello era obra de Guss. Pero esta vez no iba a quedarse callado. Nada de eso. Esperaría a que terminase la carrera y le daría su merecido.

Cuando poco después penetró en la habitación del hotel, tuvo la impresión que no estaba solo. Dudó unos momentos en encender la luz y cuando lo hizo se llevó una de las mayores sorpresas de su vida.

—¡Ross!

La muchacha estaba de pie junto a la chimenea, con expresión asustada.

—Clive…

Se echaron uno en brazos del otro. Ross empezó a gemir. Clive la apretó con fuerza contra su pecho.

—Nena… estaba preocupado por ti… No sabía qué pensar al no verte en la recepción junto a Guss. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella le miró, pálida y con lágrimas en los ojos.

—Ya no estoy con él, Clive. Me he escapado.

—¿Qué?

Ross pareció serenarse poco a poco, como si la presencia de Clive le hubiera devuelto la confianza.

—Ven, sentémonos —le dijo Clive—. ¿Quieres un trago?

—Sí, por favor.

El corredor le sirvió un *whisky*. Ella se lo bebió casi de un tirón y luego le pidió un cigarrillo.

—Aquella noche, después de que tú te fueras —empezó a decir mucho más calmada— y cuando estábamos en la habitación, Guss intentó matarme…

—¡Hijo de perra!

—No… no sé qué le detuvo… quizás el deseo de hacerme el amor fue superior al de matarme, pero después de intentar estrangularme… cambió de opinión… y empezó a acariciarme… Yo rezaba para que no se detuviese… ¡Jamás había deseado tanto que me hiciera el amor! Parece ridículo, ¿verdad? Pero solo yo sé lo que sentía en aquel momento. Se puso encima de mí… ¡Nunca me

mostré más apasionada con él como en aquel instante! Hice mi mejor representación, Clive… aunque me juré a mí misma que sería la última. Cuando hubo terminado, se quedó dormido como un cerdo. No perdí el tiempo y hui. Había tenido demasiada suerte y no quería volver a tentarla. Desde aquella noche, no he parado de esconderme. Sé que Guss me está persiguiendo como un perro a su presa.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Me lo dijo Topeka.

—Sí, él era el único que sabía dónde me dirigía. Ahora empiezo a comprender algunas cosas.

—¿A qué te refieres, Clive?

—Un tipo me ha estado siguiendo. Guss debe sospechar que estás conmigo.

—¡Oh, no! —casi gimió ella.

—No te preocupes, nena. Todo saldrá bien. Lo importante es que nadie te vea. No te moverás del hotel para nada, ¿has comprendido? No abrirás la puerta a nadie ni contestarás al teléfono.

—Te olvidas de las mujeres de la limpieza, Clive.

—Hablaré con el conserje. Buscaré alguna excusa para que no entren aquí en un par de días. Yo mismo te traeré la comida, ¿está claro?

—Sí, Clive.

—Solo será un par de días, Ross —Clive la acarició—, hasta que la carrera haya terminado. Luego, nos iremos.

—¿Adónde, Clive? ¿Crees que Guss nos dejará en paz alguna vez?

—No pienses ahora en eso, nena. Ten confianza en mí.

Ella le abrazó.

—La tengo, cariño. Eres lo único que me queda en este mundo… Si no puedo confiar en ti, estaré perdida.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—¿Quién podrá ser? —susurró asustada Ross.

—No lo sé. Ocúltate en el baño.

Ella corrió hacia allí mientras Clive se disponía a abrir la puerta.

—¡Jeff!

—¿Puedo pasar?

—¡Claro!

Clive observó la palidez que había en el rostro de su amigo. Era indudable que algo le preocupaba seriamente.

—¿Qué ocurre, Jeff?

—Hace una hora me han llamado por teléfono… —respondió Jeff gravemente— y alguien me ha amenazado con matarme si corro pasado mañana.

—Lo siento, Jeff… pero la verdad es que no sé qué decirte. Todo esto es terrible.

—Voy a ir a la policía.

—¡No! ¡No hagas eso!

—Dame una idea mejor.

—No hagas caso a esa amenaza y corre.

—¡Eso es como pedirme que me suicide, Clive! No, no lo haré. Iré a la policía y denunciaré a ese hijo de perra de Guss Scopelli.

—¿Y qué ganarás con ello? Guss lo negará todo. ¿Es que no lo comprendes? ¡No existe ninguna prueba de que quiera matarte! Solo tu testimonio y el mío y no serviría de gran cosa.

Jeff bajó la cabeza abatido.

—Tienes razón… ¡Entonces le mataré yo antes a él!

—No digas tonterías. Solo te queda un camino; correr… pero sin cruzar el primero la línea de meta.

—¿Me estás pidiendo que pierda la carrera a propósito?

—¿Y qué otra alternativa te queda?

Jeff miró a su amigo. Sus ojos despidieron un extraño brillo.

—Ya veo… —murmuró al cabo de unos segundos—. Empiezo a darme cuenta de tu juego.

—¿De qué juego estás hablando, Jeff?

—¡Quieres que me deje ganar en beneficio tuyo!

—¡Jeff!

—Sí, ahora lo veo claro… —Jeff avanzó hacia Clive con gesto amenazador—. Quieres toda la gloria para ti, ¿verdad? ¡Me tienes miedo y has inventado toda esta historia para asustarme!

—Jeff, te juro que estás cometiendo un error. ¿Cómo es posible que me creas capaz de algo tan sucio y vil?

—Clive ha dicho la verdad, señor Harrison —se oyó de pronto.

Los dos hombres se volvieron. Clive hubiese preferido que Ross permaneciera oculta.

—¿Quién es usted? —preguntó Jeff.

—Se llama Ross —dijo Clive—. Era la amiga de Guss. Ella oyó cómo este amenazaba con matarte si participabas en la carrera.

—Y si es la amiga de Guss, ¿qué diablos está haciendo aquí? —preguntó Harrison.

—Esa es otra historia —respondió secamente Clive—. ¿Me crees ahora?

—¿Y por qué iba a creerte? ¿Por qué de pronto ha aparecido esta muñeca corroborando tus palabras? ¡Vamos, Clive! ¿Me tomas por imbécil? Ella es tu amiga aparte de serlo de Guss y quiere protegerte…

Jeff se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—No te creía capaz de jugar tan sucio, Clive. Pero estaba equivocado y lo lamento porque te tenía por mí mejor amigo.

—¡Jeff, estás cometiendo un error porque, si piensas que vas a ganarme, estás muy equivocado! Ahora más que nunca voy a demostrar a todo el mundo quién de los dos es el mejor.

—¡Jeff, espera! —gritó angustiado Clive—. ¡Tienes que creerme!

Harrison abandonó la habitación dando un portazo.

Gloria miró a Clive; tenía los ojos clavados en la alfombra, como si no diera crédito a lo que acababa de ocurrir.

—Está loco… —murmuró la muchacha.

—Debe estarlo —Clive no apartó su mirada del suelo— porque posiblemente acaba de firmar su propia sentencia de muerte.

CAPÍTULO VI

Circuito de Zeltweg, a las once y treinta de la mañana.

Aquello era un hervidero humano. Riadas de gente acudían al lugar bajo un sol abrasador.

Los tenderetes instalados en el exterior se estaban forrando. Los bocadillos de Frankfurt, las cervezas y los refrescos no faltaban en ninguna mano. Ni tampoco los banderines, ni los globos, y los vencedores de recuerdos, se desgañitaban anunciando su mercancía.

Aquel era un gran día.

Los aficionados al automovilismo iban a tener la oportunidad de presenciar un espectáculo inolvidable.

En Zeltweg se habían dado cita los mejores corredores de Fórmula-1 de todo el mundo. Allí estaban con sus potentes bólidos los Lafitte, Arnoux, Alan Jones, Nelson Piquet y, naturalmente, el gran Jeff Harrison y su máximo rival, Clive Power.

Naturalmente nadie de los que se encontraba en aquel momento en el circuito podía sospechar la incipiente rivalidad que se había creado entre los dos corredores sobre quienes iban a estar pendientes los cien mil aficionados que se habían dado cita en Zeltweg.

Una rivalidad que iba mucho más allá de lo puramente deportiva y que podía complicar aún más las cosas en el asfalto del circuito.

Los corredores estaban en los *boxes*, pendientes de sus bólidos, de los consejos de sus mecánicos, de sus técnicos, hombres avezados en las grandes competiciones de Fórmula-1. El rugido de los motores era incesante, pero formaba parte del gran espectáculo de aquella desbordante fantasía multicolor.

Clive estaba en un rincón, como ausente. En sus manos tenía un refresco y en sus labios, un cigarrillo. Su traje de piloto era de color amarillo con franjas rojas en los brazos. Bill Topeka se afanaba en su tarea aunque de vez en cuando le echaba una mirada a su amigo. Se daba cuenta de que le ocurría algo grave y en aquellas

circunstancias era muy peligroso conducir. El mecánico cambió algunas impresiones con el resto del equipo técnico y, luego, se acercó a Clive.

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó para iniciar la conversación. Topeka conocía muy bien al corredor y sabía que Clive no era de los que se abren inmediatamente. Había que darle tiempo.

El mecánico dio un par de chupadas y señaló en dirección a los repletos graderíos.

—Esta gente tiene afición, ¿eh?

—Sí… —Clive se llevó la lata de Coca-Cola a los labios y echó un largo trago. Luego, tiró el bote a un rincón y miró a Topeka.

—¿Qué es lo que quieres saber, Bill? —le preguntó a su mecánico.

—¿Yo? No sé de qué me estás hablando.

—Vamos, no te hagas el tonto. Estás preocupado por mí ¿verdad? Pues bien, no me ocurre nada. Simplemente, que estoy de mal humor.

Los grandes ojos negros de Topeka se clavaron en su amigo. Sabía que le estaba mintiendo. Y Clive sabía también que Bill no le había creído.

—Está bien —acabó por decir Clive—. A ti puedo decírtelo.

—Vamos, desembucha.

Clive le contó lo que había sucedido. Topeka le escuchó en silencio, y cuando el corredor terminó de hablar, el mecánico lanzó un escupitajo al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Irte a pasar esto precisamente antes de la carrera! También es mala pata… Comprende que estés preocupado, Clive. Pero tienes que intentar sobreponerte. Después de la carrera, ya pensaremos lo que hay que hacer.

—Será mejor que no te metas en esto, Bill. Tú tienes una familia que mantener.

—Mira, Clive… yo siempre le he dado una gran importancia a la amistad y tú eres mi mejor amigo, así que te ayudaré quieras o no. En primer lugar, lo que pueda opinar de ti ese estúpido de Jeff Harrison es algo que ha de tenerte sin cuidado. Tarde o temprano se dará cuenta de su error.

—Si es que antes no le ocurre algo, Bill… —respondió

sombríamente Clive.

—Es cierto... —murmuró Bill—, pero quién sabe. A lo mejor no le ocurre nada. Puede que Guss haya tenido que cambiar de opinión, obligado por sus jefes. No hay que perder la esperanza, muchacho. De todos modos, y aunque mis palabras puedan parecerte un poco duras y despiadadas, el problema de Jeff es algo que no debería preocuparte en exceso, Clive.

—¡Bill! ¿Por quién me tomas? Jeff es mi mejor amigo y está amenazado de muerte. ¿Cómo pretendes que no me preocupe?

—Pues él no ha demostrado tener los mismo sentimientos hacia ti, Clive. A la primera ocasión que ha tenido, te ha acusado de todos sus males. Muchacho, el único problema que debería preocuparte de verdad es el otro, el de Ross. En cuanto Guss se entere que está contigo, intentará despedazaros y, si os largáis, os perseguirá hasta el mismo infierno y no porque la muchacha la importe hasta ese extremo sino porque pensará que os habéis burlado de él y tendrá que poner a salvo su honor. Guss considera que sois de su propiedad, ¿comprendes?

—¿Crees que no he pensado en ello, Bill? ¿Pero qué puedo hacer? Quiero a esa muchacha y ella me quiere a mí.

—Eso es lo malo —refunfuñó Topeka—. En fin, habrá que buscar alguna solución. Lo que es evidente es que una de dos, o te desprendes de la muchacha y quedas a salvo de la ira de Scopelli o te largas en cuanto termine la carrera, antes de que ese cerdo se entere de que está contigo.

—No le voy a entregar a Ross por nada del mundo, Bill. La amo y la quiero para mí.

—Entonces, prepárate para la guerra.

—Ya estoy preparado.

* * *

Jeff Harrison parecía más feliz que nunca.

Estaba seguro de haber solucionado su problema y, aunque le dolía haber descubierto que su amigo había jugado sucio, ahora se sentía libre de cualquier amenaza y aquello le había dado nuevas fuerzas.

Y su optimismo se reflejaba en sus declaraciones para la

televisión en el *box* de la *Speed-Race*.

—Sé que voy a ganar —estaba diciendo—. No pretendo fanfarronear, amigos, pero tengo muchas ganas de volver a ser el que fui y por eso estoy seguro de mi triunfo.

—¿Se olvida de Clive Power? —le preguntó un periodista.

—Clive es un buen corredor, qué duda cabe —Jeff se echó a reír—. ¡Pero da la casualidad que yo fui su primer maestro! Así que no le tengo miedo.

Siguieron otras preguntas más o menos trascendentes. Finalmente, Jeff se disculpó amablemente, alegando que tenía que cambiar algunas impresiones con sus técnicos antes del inicio de la carrera y, cuando los periodistas se alejaron, se reunió con aquellos.

—Todo está a punto, Jeff —le dijo uno de sus técnicos—. Solo tienes que sentarte al volante y ganar.

—¡Ganaré!

—Cuidado que Lafitte está muy fuerte —le advirtió Mike, su mecánico.

—Y tampoco pierdas de vista a Piquet. Es un zorro viejo.

—Ni a Clive —dijo otro de los mecánicos—. Parece que todos os olvidáis de él y es el que más temo.

Jeff no hizo ningún caso a aquella alusión. Quería olvidarte del síndrome Clive Power.

De pronto, vio acercarse a Gloria.

—Hola, nena, ¿dónde te habías metido?

—Tenía que hacerle un reportaje a Lafitte.

—¿Qué dice ese bravucón?

—Que va a ganar.

—¡Ja!

—También he visto a Clive.

—¿Has hablado con él?

—No.

—Mejor. ¡Que se vaya al diablo!

—Jeff.

—¿Qué, nena?

—Ten cuidado.

Jeff acarició el rostro de la muchacha.

—Lo tendré.

—¡Bien, muchachos! —se oyó de pronto—. ¡Todo a punto! La

carrera va a comenzar.

Jeff le guiñó un ojo a su amiga y se metió en el poderoso Talbot-Ligier de color negro con franjas amarillas.

Gloria apartó la mirada del bólido. ¿Por qué le recordaba siempre un ataúd.

* * *

Guss Scopelli, con su acostumbrado cigarro entre los dientes, y Fabio Lacoste, silencioso como un cadáver, esperaban en el interior del lujoso Arrow Diplomatic aparcado a unos doscientos metros del circuito, en una carretera solitaria.

Y esperaban una llamada que no tardaría en producirse.

De repente, el teléfono del automóvil emitió un prolongado zumbido.

Guss lo descolgó.

—¿Sí?

—Todo en orden, señor Scopelli —se oyó al otro lado del hilo.

—Perfecto —respondió Guss—. Recibirá su dinero esta misma tarde en el lugar acordado.

Luego colgó y miró a Fabio.

—Bueno —dijo con una astuta sonrisa—. Parece que esto marcha.

—¿Te fías de ese mecánico?

—Me fío de los cincuenta mil dólares que le he prometido.

—¿Quieres un buen consejo, Guss?

—¿Qué consejo?

—¡Elimínalo! Así estaremos más tranquilos.

Guss se quedó un rato pensativo. Finalmente se llevó el puro a la boca y asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón —admitió.

Descolgó el teléfono que le comunicaba con el chófer.

—Al circuito, John —le ordenó.

Y mientras se dirigían hacia allí, Guss exclamó satisfecho:

—¡Me muero de ganas por presenciar el gran fracaso de Jeff Harrison!

—Debería importarte un rábano ese corredor —replicó Fabio— y pensar únicamente en el éxito de la Arrow sobre los demás

competidores. Eso es lo único que cuenta, Guss.

* * *

Los bólidos rugían como un enjambre de fieras salvajes y, cuando se dio la señal de salida, aquellos rugidos se hicieron aún más potentes, ensordecedores.

¡El Gran Premio de Austria acababa de comenzar!

En una fulgurante salida, el bólido número 14, conducido por un inglés llamado Spencer, se colocó rápidamente en cabeza. Sin embargo, ninguno de los ases le dio demasiada importancia al hecho. Sabían que tarde o temprano le darían alcance, así que no se precipitaron en exceso. Lo importante era seguir la táctica preestablecida de antemano y hacer unos férreos marcajes a los que se consideraban rivales más peligrosos.

Pronto se vio quiénes iban a ser los principales protagonistas de aquella carrera pues, a los diez minutos de la misma, los favoritos comenzaron a tomar posiciones en la pista. Así, Laffite, que ya se había colocado en segunda posición detrás de Spencer, era perseguido por Piquet, de la Brabham y detrás de este se hallaban otros corredores de renombre. Jeff ocupaba la sexta posición. Clive, la octava. Una posición demasiado alejada de la cabeza para aspirar a algo, teniendo en cuenta que los que iban delante de él eran verdaderos ases. Pero Clive, a pesar de su decaído estado de ánimo, estaba seguro de poder remontarlos.

Jeff se había trazado un plan.

Impediría a toda costa que Clive le sobrepasara y al mismo tiempo no perdería de vista a Laffite, el corredor que más temía y, cuando faltasen un par de vueltas, se lanzaría a la caza del francés. Aquella era una táctica que siempre le había dado buenos resultados.

Jeff aprovechó una de las curvas para pasar a dos bólidos. Los pilotos de estos quedaron sorprendidos por lo inesperado del ataque y la habilidad demostrada por el corredor inglés. Había sido un ataque por sorpresa y cuando quisieron reaccionar ya era demasiado tarde. Jeff Harrison ya iba a la caza de su inmediato predecesor, el número 21, el australiano Baxter.

Clive se dio inmediatamente cuenta de la maniobra de su amigo.

Ahora la diferencia entre ambos era demasiado considerable para no intentar remediarla. Clive sabía que no podía dar la más mínima ventaja a Jeff y se lanzó tras de él. Para ello forzó su bólido al máximo y se lanzó a fondo en la recta. Su Arrow respondió perfectamente y de ese modo se colocó lo suficientemente cerca de Jeff como para inquietarle.

La carrera no sufrió variaciones ostensibles en las siguientes dos vueltas, pero se estaba viendo bien claro que Laffite había iniciado ya una implacable persecución de Spencer y que, detrás del corredor francés, los demás se disponían a hacer lo mismo. Aún era demasiado pronto para la gran caza, pero esta no tardaría en producirse y los miles de espectadores que se encontraban en el circuito se las prometían muy felices porque se adivinaban una gran carrera.

Los ases habían formado una especie de compacto pelotón, guardando naturalmente unas distancias prudenciales entre ellos. Era como una jauría de perros a la caza de su presa. De pronto, surgió el primer incidente.

Uno de los bólidos más rezagados, el conducido por el italiano Minelli, intentó escalar posiciones. Para ello forzó su Ferrari. Nadie esperaba aquella reacción del piloto italiano, que en su afán de adelantar al coche número 27, conducido por su compatriota Vilalta, hizo una maniobra excesivamente forzada en una de las vueltas y su bólido patinó hacia la izquierda, lo que le supuso salirse del circuito y estrellarse contra las vallas protectoras. Era un accidente sin importancia teniendo en cuenta el que estaba a punto de ocurrir…

* * *

Spencer, había empezado a ponerse nervioso.

La persecución de la que era objeto por parte de Laffite, le había descentrado. Laffite se dio cuenta de ello y apretó a fondo el acelerador. Era el momento de cazarle.

Jeff también se preparó para el asalto y lo mismo hizo Clive.

Ahora el pelotón de cabeza se iba comprimiendo cada vez más, las posiciones eran cada vez más claras y el vencedor de la carrera estaba entre los seis ases que ya habían tomado una delantera lo

suficientemente importante como para no ser inquietados por el resto de los bólidos.

Spencer estaba dispuesto a vender cara su derrota, eso estaba bien claro. Su Talbot volaba. Pero quizás lo hacía demasiado alto para sus posibilidades. Vio que Laffite y los demás se acercaban demasiado y no aflojó.

Y ese fue su gran error.

En realidad, ya había hecho una buena carrera teniendo en cuenta su categoría, pero no es fácil conformarse con un quinto o sexto puesto después de haber ocupado el primero durante varias vueltas, así que cometió el grave error de forzar su bólido y un defecto de frenado en una de las vueltas le hizo atravesarse en la pista y, de repente, saltó por los aires, dio varias vueltas y acabó por chocar contra otro de los bólidos. Todo aquello ocurrió ante los ojos de Jeff y un inesperado escalofrío recorrió su columna vertebral.

Intentó olvidar el incidente. No quería apartar de su mente la idea de que tenía que ganar aquella carrera a toda costa.

De repente, vio que Clive le iba a la zaga. Aquello le puso aún más nervioso.

Observó que Laffite, libre ya de Spencer, se había colocado en primera posición y que la distancia entre ambos era lo suficientemente importante como para empezar a tomar precauciones.

Menos mal que su Talbot-Ligier respondía a las mil maravillas y que su cacería estaba dando buenos resultados, lo bastante buenos como para preocupar a Laffite.

Pero había algo que le inquietaba a su vez y era la implacable persecución de que estaba siendo objeto por parte de Clive, que se había colocado en tercera posición, es decir, detrás suyo, como una sombra amenazante...

Sintió los labios resecos.

Estaba emparejado entre dos grandes corredores y sabía muy bien que los ojos de los cien mil espectadores que estaban siguiendo la carrera tenían su mirada puesta en él. Lo esperaban todo de Jeff Harrison, porque él les había animado a que lo pensaran. Había fanfarroneado tanto, que ahora no podía defraudarles o nadie volvería a creer en él.

Así pues, tenía que comportarse como un auténtico Ave Fénix, surgir de sus propias cenizas y demostrar a todo el mundo que seguía siendo el gran campeón.

Apretó a fondo el acelerador.

¡Iba a por Laffite! ¡A por el primer puesto!

Clive no se quedó atrás y emprendió una feroz persecución de Jeff. No podía darle la más mínima ventaja. Era demasiado peligroso. Además, tenía que vencerle. Era el único modo de que su amigo se viese libre de las garras de Guss Scopelli.

Súbitamente vio algo que le llenó de horror...

* * *

¡El bólido de Jeff estaba perdiendo aceite!

Seguramente su amigo aún no se había dado cuenta de ello. ¡Maldita sea! ¡Tenías que advertirle de algún modo! Pero cómo lo más seguro era que sus técnico se dieran cuenta de ello y le obligaran a entrar en los *boxes*. Bueno, quizás aquello era lo mejor para Jeff. Una retirada le salvaría la vida.

En efecto, Clive observó las indicaciones de los técnicos para que Jeff se retirara, pero este no hizo ningún caso. Estaba obsesionado con dar alcance a Laffite y, aunque se había dado cuenta de la pérdida de aceite, quiso jugarse el todo por el todo. No en balde había sido siempre un corredor valiente. Y en la Fórmula-1 hay que ser valiente y arriesgado para llegar en primera posición.

Clive dejó escapar una maldición.

¿Qué estaba haciendo aquel loco? ¿Por qué no se retiraba? No solo estaba poniendo en peligro su vida sino la de todos los demás. Un patinazo a más de doscientos kilómetros por hora era un pasaporte seguro al cementerio.

Jeff sabía lo mucho que se estaba arriesgando y sabía también que estaba poniendo en peligro la vida de sus compañeros, pero su proximidad a Laffite, ese acariciar el triunfo, podían más que la lógica, una lógica que le aconsejaba entrar rápidamente en los *boxes*. Pero no lo haría. Y, si tenía que hacerlo, sería cuando comprendiese que no podía alcanzar al francés, así que siguió corriendo, desafiando las normas más elementales de seguridad.

Clive decidió darle alcance. Pensó que la única manera de

hacerle desistir que siguiera corriendo era demostrarle que ya no podía ganar.

Apretó a fondo el acelerador. La próxima curva estaba algunos cientos cincuenta metros. Tenía que adelantarse allí...

Jeff dejó escapar un sordo gruñido. Se había dado cuenta de la maniobra de su amigo y, desde luego, no estaba dispuesto a permitir que le adelantara y menos en una curva dónde él era un maestro...

Jeff presintió la presencia de su amigo. No, no le ganaría. Él menos que nadie. De repente se oyó un terrible estruendo.

Uno de los bólidos acababa de patinar sobre el aceite y se había estrellado contra otros dos.

Los técnicos de la *Speed-Race* volvieron a ordenarle que se retirase. Jeff, aferrado al pequeño volante, solo tenía una obsesión: adelantar a Laffite. Si lo conseguía, alcanzaría la victoria, pues solo faltaban tres vueltas para terminar la carrera.

Vio con horror que Clive iba a adelantarle. ¡Oh, no! ¡No podía permitirlo! ¡Atrás, Clive! ¡Atrás! ¡Quiero el triunfo para mí! ¡Lo necesito para volver a ser quién fui! ¡El gran Jeff Harrison! ¡Atrás, atrás, Clive!

Súbitamente, ocurrió la catástrofe.

* * *

Jeff cayó en su propia trampa.

Su bólido patinó en el aceite que él mismo había derramado. No pudo hacer nada por impedirlo, porque todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos y, durante esas décimas de segundo que preceden a la muerte, Jeff se vio en el pódium, con los brazos en alto, aquel gesto que había repetido tantas veces a lo largo de su vida. Era feliz. Volvía a ser el gran campeón, el gran Jeff Harrison que había vencido a la muerte en una titánica batalla.

Pero no es fácil derrotar a la muerte por segunda vez...

La muerte ofrece pocas oportunidades de escapar de sus poderosas garras. Él lo había hecho una vez, pero ya no volvería a repetirse.

No, porque ahora, después de aquel patinazo de su bólido a una velocidad de doscientos trece kilómetros a la hora, la garra de la

muerte es infalible.

Lo último que vio, lo último que se reflejó en sus atónitos ojos, fue un hermoso cielo azul, un sol espléndido, los rostros angustiados de los espectadores; oyó la voz siempre cariñosa de Gloria que le llamaba por su nombre, oyó maldecir a Clive… pobre Clive, a lo mejor le había acusado injustamente.

De repente, sintió un espantoso dolor y su cuerpo pareció que se resquebrajaba, que se partía en dos como una astilla. Su mente quedó en blanco, su corazón se detuvo…

¡Ya no volvería a correr nunca más!

CAPÍTULO VII

El único sonido en el cementerio era la plegaria del capellán, el reverendo Thomas Crown.

Estaban allí, formando un apiñado grupo alrededor del féretro donde reposaban los restos de Jeff, todo el grupo técnico de la *Speed-Race*; estaban también Laffite, Piquet y todos los compañeros de escudería. Gloria parecía haber envejecido diez años y su palidez se reflejaba más allá del velo negro que cubría su rostro. Clive estaba junto a ella. Silencioso, abatido, preguntándose cómo podía haber ocurrido aquella espantosa tragedia.

Había perdido a su mejor amigo y eso siempre duele, sobre todo cuando ese amigo te abandona creyéndote culpable de algo que no has cometido.

Más tarde, cuando la ceremonia hubo terminado y Jeff descansaba para siempre bajo la húmeda tierra del cementerio, todos se retiraron silenciosos hacia sus respectivos coches.

—Te acompañaré a casa, Gloria —le dijo Clive.

Ella le clavó sus ojos, como dos puñales.

—Vete lejos de mí, Clive… —murmuró con odio—. ¡Vete!

El corredor se quedó como clavado en tierra mientras ella se alejaba por el sendero bordeado de margaritas, acompañada por algunos compañeros de Jeff.

Ella le creía culpable, los mismo que Jeff. ¡Oh, Dios! ¿Cómo era posible tanta injusticia?

Clive llegó al hotel una hora después. Ross le estaba esperando en la habitación y se echó en sus brazos tan pronto él cruzó la puerta.

—¡Cuánto debes haber sufrido, cariño! —exclamó.

Clive fue incapaz de responder nada. Estaba demasiado abatido. Jamás se había sentido peor en toda su vida. Se sirvió un *whisky* y se acomodó en un butacón, cerca de un ventanal por dónde penetraban unos débiles rayos de sol.

Ross le contempló en silencio. Sabía toda la historia. Clive le

había contado cómo había ocurrido todo…

—No lo entiendo… —murmuró de pronto el corredor.

—¿Qué es lo que no entiendes, cariño?

—Aquella pérdida de aceite. No es frecuente que ocurra. Suele suceder, es cierto… pero no es normal. Y lo que más me preocupa es el hecho de que haya sucedido precisamente después de la amenaza que sufrió Jeff.

—¿Insinúas que fue provocado, Clive? —preguntó ella con horror.

—¡No lo sé! Es imposible saberlo. El bólido de Jeff quedó destrozado.

Ella se sentó a su lado.

—Clive, no vas a conseguir nada torturándote de ese modo.

Él la miró y le acarició los cabellos.

—Sí, tienes razón. Pero no va a ser fácil olvidar aquello, Ross. No va a ser fácil olvidar su bólido dando vueltas y vueltas… delante de mis propios ojos… sin poder hacer nada por evitarlo… —Clive cerró los ojos—. ¡Fue espantoso!

—Clive —le susurró ella—, tenemos que irnos de aquí, muy lejos. Es el único modo de que lo olvides todo… y tampoco debemos olvidarnos de Guss…

—Guss —murmuró Clive— se ha salido con la suya, ese hijo de perra…

—Tú cumpliste con tu deber, Clive —respondió ella—. Tenías que ganar la carrera y lo hiciste. No puedes reprocharte nada.

—Sí, tienes razón —dijo el conductor asintiendo con la cabeza —. Mi deber era vencer y vencí, pero ¿sabes una cosa? Después del accidente de Jeff, estuve a punto de abandonar. ¡Y eso es posiblemente lo que debí haber hecho!

—¿Por qué, Clive?

—Quizás alguien piense ahora, después de mi triunfo, que yo fui el culpable de la muerte de Jeff.

—¡Oh, no! ¿Quién puede pensar semejante atrocidad?

—Gloria, por ejemplo. Hace un rato, en el cementerio, me miró de un modo… ¡Jamás había visto tanto odio en los ojos de una persona!

Guardaron unos momentos de silencio. De repente, sonó el teléfono.

Clive lo descolgó.

—Sí, ¿quién es?

—¿Es que no reconoces mi voz, campeón?

—Guss...

Al oír aquel nombre, Ross retrocedió asustada como si su antiguo amante fuese capaz de detectar su presencia allí a través del teléfono.

—Supongo que no habrás olvidado la fiesta que doy esta noche en el hotel en tu honor... —rio Guss al otro lado del hilo.

—No, no lo he olvidado.

—¡Va a ser algo grande, campeón! Una fiesta por todo lo alto. Como las que a mí me gustan, ya sabes —una nueva risita—. ¿Clive?

—Sí...

—¿Qué pasa? ¿No dices nada? ¿No estás contento por tu triunfo?

—Mucho.

—¡Así me gusta! Bien, entonces te espero a las diez. ¡Hasta luego, campeón!

Clive se volvió a Ross.

—Prepara el equipaje —le dijo—. Nos largamos.

* * *

Mike O'Hara era uno de los mecánicos de la escudería de la *Speed-Race* y el hombre que había cuidado personalmente del bólido de Jeff Harrison. Todos le consideraban un tipo competente, bueno y honrado. Pero sabían poco de su vida porque era algo que él propuso siempre guardar celosamente.

Nadie sabía por lo tanto que era un gran aficionado al juego y que todas sus ganancias se las llevaban el póker, las carreras de caballos, o la ruleta. Las cosas le habían ido muy mal últimamente; había tenido muy poca suerte y estaba empeñado hasta las orejas. Sus acreedores le perseguían como buitres, así que, cuando alguien le propuso un trabajo «extra», no dudó en aceptarlo.

Y ese trabajo consistía en provocar la pérdida del aceite en el bólido de Jeff Harrison para obligarle a retirarse de la carrera. Un trabajo fácil, sin riesgos, y que le iba a proporcionar la bonita suma

de cincuenta mil dólares.

En circunstancias normales, jamás hubiese aceptado aquel trabajo. Tenía en gran estima a Jeff. Pero sus circunstancias no eran normales. Y por eso aceptó.

Pero lo que jamás podía suponer era lo que ocurrió. ¿Cómo podía suponer que Jeff seguiría corriendo sabiendo que estaba perdiendo aceite? ¡Oh, aquello fue una locura espantosa!

Así que él era hasta cierto punto culpable de la muerte de Jeff. Y aquella idea le torturaba demasiado para dejarle en paz y disfrutar de los cincuenta mil dólares. Posiblemente era un mal bicho pero aún le quedaba algo de conciencia.

Se movió inquieto en su escondite, en la oscuridad de aquel callejón situado en la parte trasera del hotel donde se hospedaba en Viena.

Oculto entre cajas y cubos de basura, esperaba la llegada del emisario de Guss Scopelli con los cincuenta mil dólares. Pero le diría que ya no los quería. No, no quería aquel dinero manchado de sangre. Y lo que era peor, la sangre de Jeff.

Vio que se acercaban dos tipos.

Mike esperó a que estuvieran a su altura.

Uno de ellos encendió un fosforo. Aquella era la señal convenida. Mike salió de su escondrijo.

Pero, si esperaba ver un fajo de billetes, se equivocó. Lo que vio fue algo muy distinto, algo que le hizo darse cuenta de lo estúpido que había sido. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar que Guss Scopelli querría deshacerse de él para librarse de ese modo del único testigo que podía enviarle a la cárcel para el resto de su vida?

Las dos pistolas apuntaban hacia él como dos guadañas apocalípticas. Mike, afortunadamente, era un hombre de reflejos y, a pesar de sus cincuenta y cuatro años, aún conservaba una envidiable agilidad, lo que le permitió dar un salto hacia atrás y ocultarse de nuevo entre las cajas y los cubos de la basura mientras una bala se clavaba tan cerca de él que le ensordeció.

Se dio cuenta de que se encontraba en una ratonera. Aquel par de individuos solo tenían que avanzar unos pasos para quedar frente a él y acribillarle. Mike, se lo jugó todo a una carta. Al fin y al cabo, era un jugador. Ayudándose con ambas manos, arrojó todo cuanto encontró a su alrededor sobre los dos tipos que, ante aquella

lluvia de cajas y basuras, soltaron una maldición mientras hacían dos nuevos disparos; pero Mike ya había echado a correr por el callejón rezando por encontrar una salida o estaría perdido.

¡De repente sintió un doloroso pellizco en las piernas! ¡Aquellos hijos de perra le habían alcanzado!

Afortunadamente para él, comprobó que el callejón tenía una salida al otro lado, y, arrastrando la pierna herida, se dirigió corriendo hacia allí. Detrás suyo sonaban los pasos de aquel par de pistoleros. Pensó que, tarde o temprano, le darían alcance y, una de dos o corría más que ellos cosa que le parecía harto improbable teniendo en cuenta la herida de la pierna, o se escondía en alguna de aquellas casas de oscuros portales confiando en despistarles.

Optó por la última solución, pero no se metió en ninguno de aquellos oscuros portales. Lo hizo en una cervecería en la que había el público suficiente para pasar desapercibido a sus perseguidores y buscar mientras tanto la puerta trasera.

Se abrió paso entre la sorprendida clientela y le preguntó a un viejo camarero dónde se encontraba la puerta trasera. El camarero le hizo una vaga indicación con la cabeza, suficiente para que Mike comprendiese el mensaje y hacia allí se dirigió tropezando aquí y allá y derribando más de una jarra de cerveza.

Encontró la puerta en la cocina, y cuando se disponía a abrirla, se le ocurrió mirar hacia atrás. Sus perseguidores acababan de entrar en el local. Vio también que el camarero que había detrás de la barra les indicaba hacia la cocina. Mike no se lo pensó dos veces, abrió la puerta y echó a correr por la oscura callejuela hasta alcanzar una solitaria avenida. Buscó desesperadamente con la mirada algún taxi, pero no pasaba ninguno y, dejando escapar una maldición, siguió su tormentoso camino, puesto que la herida de la pierna le dolía cada vez más.

Por fin, vio un taxi.

Alzó el brazo en el momento en que sonaba un disparo. Esta vez el dolor fue más intenso, puesto que le habían alcanzado en un hombro. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se metió en el interior del vehículo y se dejó caer pesadamente en el asiento.

Aún tuvo tiempo de ver a los dos individuos buscando otro taxi.

* * *

Justo en el momento en que Clive y Ross se disponían a abandonar la habitación sonó el teléfono.

—¡No contestes! —dijo ella—. Debe ser ese perro de Guss.

Clive dudó unos instantes.

—Será mejor que lo haga, Ross. Además, me ha llamado hace un momento. ¿Por qué iba a volver a hacerlo?

—¡Vámonos, Clive! —le apremió ella.

—Espera, mujer. Puede tratarse del conserje. A lo mejor ha habido algún problema con los pasajes del avión.

Clive descolgó el aparato.

—¿Quién es?

—Mike… —se oyó al otro lado del hilo. Era una voz cansada.

—¿Mike?

—Mike O'Hara, señor Power… El mecánico de Jeff.

—¡Oh, sí! Ahora recuerdo. ¿Qué sucede, Mike?

—Tengo que hablar con usted. Es muy importante.

—¿Dónde está?

—En una cabina que hay frente a su hotel. ¡Pero dese prisa! ¡Me persiguen!

—¿Quién le persigue?

Pero Mike colgó. Clive se volvió a Ross.

—Tengo que irme, nena.

Ella le miró sin comprender.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. No te muevas de aquí.

Clive abandonó la habitación a toda prisa, llamó al ascensor, y a los dos minutos, estaba en la calle. Cruzó la plaza, la solitaria plaza que durante la mañana estaba poblada de palomas y buscó con la mirada la cabina que le había indicado el mecánico. La vio en la otra esquina y se dirigió hacia allí a grandes zancadas. Estaba seguro de que Mike tenía algo importante que decirle relacionado con la muerte de Jeff.

Pero no lo encontró por parte alguna. Solo vio a una pareja abrazada en un banco de la plaza.

De pronto, una sombra emergió detrás suyo.

Se volvió con rapidez.

—¡Mike! —Clive le reconoció inmediatamente. El mecánico dio unos torpes pasos, y cuando cayó en los brazos del corredor, este se

dio cuenta de que estaba herido.

—Vayamos a algún sitio, Clive... —susurró el mecánico—. Aquí, en medio de esta plaza, es muy fácil localizarnos... —Mike hizo un esfuerzo para incorporarse y echó a andar arrastrando la pierna.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Mike? —preguntó Clive.

Pero el mecánico no respondió. Por sus continuas miradas a un lado y a otro de la plaza, se comprendía que tenía miedo a ser descubierto. Finalmente, se refugiaron a la sombra de un portal. Mike se apoyó en la pared, jadeando por el esfuerzo que había tenido que hacer.

—Clive... —murmuró de repente—, yo... yo he sido el culpable de la muerte de Jeff Harrison.

—¿Qué?

Mike le contó todo lo que había sucedido y cuando hubo terminado, Clive sintió ganas de destrozarle a golpes.

—Sé lo que está pensando de mí, Clive... —dijo el mecánico mirando al corredor— y no le falta razón... pero ahora estoy arrepentido... y quiero enmendar mi error... Haré lo que usted me diga... si quiere que vaya a la policía a contárselo todo, lo haré...

Clive se quedó pensativo. Y de pronto se le ocurrió una idea que le pareció la mejor para hundir definitivamente a aquel perro de Guss Scopelli y a su socio, Fabio Lacoste.

Pero, al mismo tiempo, él firmaría su propia sentencia de muerte.

—No se mueva de aquí —le ordenó al mecánico.

Este le agarró por un brazo, asustado.

—¿Qué va a hacer? No irá a dejarme abandonado, ¿verdad?

—No. Le necesito.

Clive echó a correr hacia la cabina telefónica y llamó a Ross. Le explicó lo que sucedía y lo que pensaba hacer.

—¡Clive! —exclamó ella angustiada—. No lo hagas. Olvida todo este asunto y vayámonos esta misma noche.

—No puedo hacer eso, nena. Tengo que darle su merecido a ese hijo de perra de Guss.

—Pero ¿sabes lo que significa eso?

—Claro que lo sé. Ahora escucha bien lo que tengo que decirte: dentro de media hora, abandonas la habitación, recoges los billetes del avión y te diriges al aeropuerto. Yo llegaré allí dentro de un par

de horas.

—Clive...

—¡Haz lo que te he dicho!

El corredor colgó el teléfono, abandonó la cabina y fue en busca de su coche. Diez minutos más tarde, se detenía junto a Mike. Salió, se dirigió hacia él y le ayudó a entrar en el vehículo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mike mientras se dejaba caer en el asiento.

—A una fiesta —respondió Clive poniendo el coche en marcha.

* * *

A una fiesta que estaba en su apogeo.

Se celebraba en uno de los salones del hotel. Había un centenar de invitados. Guss quería celebrar el triunfo de su escudería por todo lo alto. También se encontraban allí algunos periodistas y la televisión. A Scopelli le gustaba hacer las cosas bien, sobre todo cuando se trata de promocionar a la Arrow.

Los periodistas ya se habían dirigido a él en varias ocasiones preguntándole por Clive.

—No tardará en llegar —les respondía amablemente Guss—. Tengan un poco de paciencia. Ya saben cómo se comportan algunas veces las grandes estrellas. Mientras tanto, sigan bebiendo y divirtiéndose.

Pero Guss también empezaba a impacientarse. Ya eran más de las diez y Clive seguía sin aparecer. Hasta Fabio había empezado a ponerse nervioso.

—¿Qué diablos le ocurre a ese estúpido? —gruñó—. Estamos quedando en ridículo delante de nuestros invitados y lo que es peor, ante la prensa.

De repente, se oyó un murmullo y los periodistas corrieron hacia la entrada.

—¡Es Clive! —exclamó uno.

Guss dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Menos mal —dijo—. Había llegado a pensar que no vendría...

—¿Quién viene con él? —preguntó de repente Fabio.

Guss se puso lívido.

Fabio le dirigió una rápida mirada.

—¿Quién es ese individuo, Guss?

—Mike... —susurró Scopelli apenas sin voz.

—Pero ¿quién diablos es Mike? —Fabio Lacoste se daba cuenta de que estaba ocurriendo algo grave a juzgar por la expresión de su socio.

—El mecánico de la *Speed-Race*... el tipo al que compramos.

—¿Quééé? —Fabio dio un paso hacia atrás, horrorizado—. Pero ¿qué está haciendo aquí en compañía de Clive? ¡Dijiste que le quitarías de en medio!

—No comprendo qué puede haber ocurrido, Fabio —balbuceó Guss viendo con espanto cómo los dos hombres, seguidos por algunos invitados y los periodistas, se dirigían hacia allí.

Clive se detuvo a pocos pasos de los dos hombres sujetando a un agotado Mike que, con una mano sobre la herida del hombro, les observaba con la expresión de alguien que sabe lo mucho que se está jugando.

De repente, se escuchó la voz de Clive. Sonó como un campanazo en medio del silencio.

—¡Acuso a estos dos hombres de la muerte de Jeff Harrison!

Se oyó un prolongado murmullo.

—Es una acusación muy seria, Clive —le dijo un periodista.

—Si no me creen, pregúntenle a este hombre. Se llama Mike O'Hara y fue el mecánico de Jeff...

—Es cierto... —la voz de Mike era apenas audible—. Guss Scopelli tenía que pagarme cincuenta mil dólares por provocar una avería en el bólido de Jeff y yo lo hice...

—¡Vaya notición! —exclamó uno de los periodistas corriendo hacia el teléfono.

Al poco rato, aquello se había convertido en una casa de locos. Los teléfonos estaban ocupados todos por los periodistas que transmitían la sensacional noticia a sus respectivos periódicos. También la televisión había empezado a filmar a los protagonistas de aquella inaudita historia.

Guss, impertérrito pero lívido, se acercó a Clive.

—Espero que sepas lo que haces, maldito cerdo, porque a partir de este instante, tu vida no valdrá un miserable dólar...

—Lo sé, Guss —respondió tranquilamente Clive—. Pero estoy satisfecho porque he hecho lo que tenía que hacer. ¡Los tipos como

tú están de más en el mundo del automovilismo!

Un avión, con Clive y Ross a bordo, partió tres horas más tarde del aeropuerto de Viena. La aventura de Austria había acabado definitivamente.

FIN

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN